



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

Los sistemas defensivos del Valle Medio del Ebro
durante la Primera Edad del Hierro

Sergio Mainar Galindo

Jesús V. Picazo Millán

Universidad de Zaragoza
2019

RESUMEN

En los momentos iniciales de la Primera Edad del Hierro se atestigua la aparición de un nuevo tipo de asentamientos a lo largo del Valle Medio del Ebro, caracterizado por estar dotado de complejos sistemas defensivos. Este suceso está encuadrado dentro de un proceso de creciente desigualdad social, vinculado al contacto con agentes provenientes de fuera del ámbito peninsular. El objetivo de este trabajo es profundizar en el conocimiento de este tipo de construcciones. Para ello hemos analizado los diferentes elementos que componen estos sistemas de defensa, su posible origen y el trasfondo social de las comunidades que los erigen.

Palabras clave:

Bronce Final, Primera Edad del Hierro, Valle del Ebro, sistemas defensivos, influencias orientales, complejidad social.

ABSTRACT

On the first moments of the First Iron Age starts to appear a new kind of settlements along the Middle Ebro Valley, characterised by being provided with complex defensive systems. This event is placed in the context of a rising social inequality, associated with the contact with agents coming from outer the peninsular area. The objective of this essay is to deep into the knowledge of this kind of structures. To this end we have analysed the different items which form these defensive systems, their possible origin and the social background of the communities which build them.

Key words:

Late Bronze, First Iron Age, Ebro Valley, defensive systems, eastern influences, social complexity.

ÍNDICE

1	Introducción.....	7
1.1	Objetivos y justificación del trabajo	7
1.2	Metodología y estructura	8
2.	Estado de la cuestión	11
3.	Cronología y contexto cultural	13
3.1	Cronología y periodización	13
3.2	Contexto cultural	14
4.	El origen del poblamiento fortificado en el Valle Medio del Ebro	17
5.	Yacimientos fortificados de la Primera Edad del Hierro.....	23
5.1	Cabezo de la Cruz (La Muela, Zaragoza).....	23
5.2	Alto de la Cruz (Cortes, Navarra).....	24
5.3	Vilars (Arbeca, Lérida).....	25
5.4	Las Eretas (Berbizana, Navarra).....	26
5.5	La Codera (Alcolea de Cinca, Huesca)	27
6.	Los sistemas defensivos	29
6.1.	Descripción de los principales conjuntos	29
6.1.1.	Cabezo de la Cruz (La Muela, Zaragoza).....	29
6.1.3	El sistema defensivo de Els Vilars (Arbeca, Lérida).....	33
6.1.4	El sistema defensivo de Las Eretas (Berbizana, Navarra).....	39
6.1.5	El sistema defensivo de La Codera (Alcolea de Cinca, Huesca)	40
6.2	Elementos defensivos	41
6.2.1	Murallas	41
6.2.2	Torres.....	43
6.2.3	Puertas y Poternas.....	44
6.2.4	Antemurales y empalizadas	45
6.2.6	Campos de piedras hincadas.....	48
7.	Los sistemas defensivos y la complejidad social	51
7.1	Jerarquización y estructura social	51
7.2	La muralla como reflejo de la territorialidad.....	54
7.3	El carácter simbólico y la monumentalidad.	55
8.	Conclusiones.....	59
	Bibliografía.....	61

1 INTRODUCCIÓN

1.1 Objetivos y justificación del trabajo

El presente trabajo tiene como objetivo profundizar en el conocimiento sobre los sistemas defensivos en los yacimientos ubicados en el Valle Medio del Ebro durante la Primera Edad del Hierro. Intentaremos ponerlos en relación con los influjos mediterráneos y los consiguientes cambios en la estructura de las sociedades indígenas que acarrearán.

El marco geográfico y cronológico en el que nos hemos centrado se corresponde con el conocido como Valle Medio del Ebro, en el Noreste de la Península Ibérica. Un espacio heterogéneo donde entre finales del Bronce Final y Primera Edad del Hierro (1200 – 500 a.n.e.) confluyen elementos culturales transpirenaicos como los Campos de Urnas, interiores como Cogotas y costeros como es el Bronce Atlántico y las culturas mediterráneas, fenicia primero y griega después. La elección de este marco se debe a que, dentro de esta heterogeneidad a la que nos hemos referido, hay ciertos criterios socio-culturales comunes que nos permiten abordar de una forma global al conjunto de comunidades prehistóricas situadas en el centro del valle del Ebro en las etapas finales de la Prehistoria.



Fig. 1. Mapa con los yacimientos fortificados en el Valle Medio del Ebro (Royo 2015, 363). Subrayados, los que aparecen en el presente trabajo.

Aunque nos vamos a centrar en los sistemas defensivos de los poblados pertenecientes a la Primera Edad del Hierro, también vamos a dedicar un apartado a algunos asentamiento anteriores del Bronce Medio y Bronce Final, con el fin de encontrar en ellos antecedentes urbanísticos y poliorcéticos que influyan, o no, en aquellos de la etapa posterior. Por último, decir que se han excluido algunos yacimientos debido a la falta de información disponible sobre los mismos o a la mera necesidad de acotar el

tamaño del trabajo, más en ningún momento se discute su relevancia y unicidad, dejando abierta la esperanza de poder abordarlos en posteriores ensayos.

La elección de este trabajo viene determinada por las excavaciones que realicé por primera vez mientras cursaba el segundo año de carrera en el Proyecto de Investigación del Pueyo de Marcuello, cuyo director, José Fabre, me introdujo en el mundo de la Arqueología, y al cual aprovecho para agradecer todas las oportunidades que me ha brindado desde entonces. Otro de los motivos se debe a la cercanía geográfica de los yacimientos, lo que me ha permitido conocerlos de primera mano e incluso participar en excavaciones dentro de los mismos, así como la posibilidad de hablar con algunos de los profesionales que dirigen esas actuaciones, como es el caso del Dr. Félix Montón y la Lcda. Noelia Navarro, a quienes también quiero dar las gracias.

1.2 Metodología y estructura

La información utilizada para la elaboración de este trabajo ha sido extraída de numerosas fuentes en forma de artículos y libros, tanto en formato digital como impresa. Para estos últimos, ha sido de suma importancia el fondo bibliográfico de la *Biblioteca de Humanidades María Moliner*, así como los libros proporcionados por mi tutor, difíciles de conseguir por otros medios, como en el caso del libro *Les Fortifications Ibériques de la fin de l'âge du Bronze à la conquête romaine* (Pierre Moret 1996).

Para las publicaciones en formato digital se ha utilizado el repositorio de obras digitalizadas de la Universidad (Zaguan) y plataformas digitales como *Academia.edu*, *Researchgate* y *Dialnet*, así como las webs disponibles de los propios yacimientos.

La mayoría de fuentes consultadas se corresponden con artículos y monografías específicas de cada yacimiento, fruto de la investigación arqueológica y su posterior difusión a través de diferentes congresos, así como artículos originales, algunos de ellos ubicados en las bibliotecas de diferentes museos y entidades públicas. Las imágenes utilizadas a lo largo del trabajo han sido extraídas de los citados artículos, así como fotografías de mi autoría con motivo de las visitas a los distintos yacimientos.

Esta revisión bibliográfica nos ha permitido realizar una recopilación de yacimientos en los que se cita algún tipo de fortificación y, a partir de esa relación, seleccionar aquellos que creemos resultan más relevantes para afrontar la problemática de las fortificaciones, puesto que, aparentemente, hay mucha información pero, la realidad es que en muchos de los asentamientos apenas encontramos referencias genéricas a murallas, posibles fosos, etc., sin una presentación suficientemente precisa. Esta selección, por tanto, se ha basado en la existencia de publicaciones e informes con un detalle suficiente para poder realizar una caracterización de las estructuras defensivas (tipo, técnica constructiva, posición) y del contexto (urbano, cultural, cronológico) en el que se encuentran.

El trabajo está dividido en ocho capítulos, con sus consiguientes apartados. Los dos primeros dedicados a la introducción y al estado de la cuestión. El tercero supone una aproximación a la cronología del período, su problemática, y una breve contextualización socio-cultural de las poblaciones prehistóricas del Noreste Peninsular.

En el cuarto se hace un breve repaso de los yacimientos correspondientes al Bronce Medio-Final que presentan características urbanísticas y defensivas que podrían indicar un posible sustrato indígena sobre el que se levanten las fortificaciones de la Primera Edad del Hierro. Los capítulos quinto y sexto son capítulos de carácter puramente analítico. En el primero de ellos se realiza una breve descripción de los yacimientos a tratar para presentar las principales características arquitectónicas y culturales de cada uno de ellos. Posteriormente se procede a describir los diferentes elementos que conforman los sistemas defensivos de cada yacimiento, exponiendo su morfología, su composición, sus diferentes fases evolutivas, etcétera. El séptimo capítulo tiene mayor proyección social, pues en él nos intentamos acercar a la relación que se establece entre las defensas de un poblado y sus habitantes, desde la organización social hasta su significación. Por último, en el octavo capítulo se exponen las conclusiones finales del trabajo.

Finalmente, para las citas se ha utilizado el sistema Harvard, ampliamente utilizado en los campos de Prehistoria y Arqueología, y que hace más fluida la lectura.

2. ESTADO DE LA CUESTIÓN

Tradicionalmente el desarrollo de las sociedades de la Edad del Hierro en el NE peninsular y buena parte de sus rasgos, como las fortificaciones, se ha ligado a la llamada “Cultura de los Campos de Urnas” del Bronce Final. Al respecto, las primeras investigaciones sobre el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro se inician en España a comienzos del siglo XX de la mano de Bosch Gimpera, quien introducirá desde Alemania el historicismo cultural y el concepto de los “Campos de Urnas”, los cuales para él eran el componente cultural básico del Bronce Final en el Noreste peninsular (Ruiz Zapatero 2011, 636). Desde una perspectiva invasionista, este autor establecerá cuatro invasiones “celtas”, comprendidas entre el 900 y el 600 a.C. Las posteriores investigaciones sobre este período no van a cuestionar el esquema de Bosch Gimpera más allá de cambios en la cronología y periodización, manteniendo el paradigma invasionista. Así nos encontramos con Martín Almagro Basch, quien a mediados del siglo XX revisa la obra de Bosch, estableciendo una única invasión céltica que llegaría a la península entre el 800 y el 700 a.C. La novedad que plantea este autor es la creación de una región cultural a lo largo de la cuenca hidrográfica del Ebro comprendida entre Navarra y Aragón (Aranda y Rodanés 2017, 269).

Sin embargo, entre los 60 y 70 del siglo pasado, comienza a abrirse paso una corriente de carácter indigenista de manos de Vilaseca primero y Maluquer después que rompe en cierta forma con el modelo tradicional. Ambos reconocían un primer impacto de poblaciones centroeuropeas de los Campos de Urnas sobre el Noreste Peninsular, que habrían introducido el ritual incinerador y las cerámicas acanaladas alrededor del 1100 a.n.e., pero al que habría seguido un proceso de desarrollo local que configuró diferentes grupos regionales, lo que unido con las influencias mediterráneas y los intercambios comerciales, habrían dado lugar a la iberización (Ruiz Zapatero 2011, 639).

En los 80 la aparición de los conocidos como grupos de Barcelona y Madrid supone la implantación de un nuevo modelo de estudio desarrollado por autores como Maya, Pons y Ruiz Zapatero, cuya tesis doctoral sobre los Campos de Urnas sigue siendo un referente 30 años después (Rodanés y Aranda 2017, 272). Este nuevo modelo explicativo, de carácter difusionista, sigue teniendo como protagonista de los cambios a grupos humanos transpirenaicos, a los que cada vez más se les atribuye un menor impacto, en favor del sustrato local que perdura desde el Bronce Inicial en el noreste peninsular.

Desde los 90 y hasta la actualidad otros autores del ámbito catalán han tratado el tema desde similares perspectivas (López Cachero 2006, 2007), y la generalización de las dataciones de C14 ha permitido establecer nuevos esquemas para la interpretación del impacto de los Campos de Urnas en estas sociedades del Bronce Final, entre los investigadores Jesús V. Picazo y Jose M^a Rodanés Vicente, quienes en su artículo *Bronce Final y Primera Edad del Hierro en Aragón (Caesaraugusta, 2002, Zaragoza)* distinguen dos fases para el fenómeno de los Campos de Urnas. Una primera fase de contacto, donde la vida de los habitantes de estas regiones del NE peninsular apenas sufriría cambios trascendentales, y una segunda fase de implantación, donde se generalizarían las necrópolis de incineración y la creación de nuevos asentamientos.

Observamos así como las corrientes historiográficas se decantan por un gradual proceso de aculturación en el que tiene una gran importancia el sustrato indígena del Bronce Reciente en detrimento de los grandes movimientos humanos.

Las influencias mediterráneas también han ganado terreno en los estudios para la primera Edad del Hierro, pues sin ellas es difícil explicar ciertas transformaciones que aparecen con la cultura ibérica.

En cuanto a los sistemas defensivos, no ha sido hasta fechas muy recientes cuando se han comenzado a realizar publicaciones y monografías específicas sobre este tema, poniendo de relieve la importancia de estos elementos dentro de los conjuntos arqueológicos, en especial para el Noreste Peninsular. Tanto es así, que estaba quienes defendían que los poblados de tradición de Campos de Urnas del Hierro no estaban amurallados, y de estarlo, eran sistemas simples, sin la existencia de torres o fosos (Royo 2015, 362).

Por otra parte, el estudio de las fortificaciones siempre se ha centrado en cuestiones técnicas, constructivas y estratégicas, dejando de lado las posibles lecturas sociales de las mismas. Esto es debido en parte a que la mayoría de las investigaciones se han centrado en las prácticas funerarias, religiosas y comerciales como elementos para acercarse a estas comunidades pre y protohistóricas (Berrocal 2004, 30), relegando las defensas a un segundo plano.

En este sentido, hemos creído oportuno mencionar trabajos como el de Natalia Alonso y Juan B. López Melción (*Poder, símbolo y territorio: el caso de la fortaleza de Arbeca*, 1998) y el de Luis Berrocal Rangel (*La defensa de la comunidad: sobre las funciones emblemáticas de las murallas protohistóricas en la península ibérica*, 2004), que abordan aspectos como el desarrollo de las identidades comunitarias y la coerción ideológica en estas sociedades prehistóricas.

Otras publicaciones que han abierto camino en el campo de la investigación específica de estas estructuras son las actas publicadas con motivo del encuentro celebrado en Lérida en 2003 *Chevaux-de-frise i fortificació en la primera edat de ferro europea* y más recientemente el congreso *Fortificaciones en la Edad del Hierro: control de los recursos y el territorio*, que tuvo lugar en Zamora en 2014.

Por último, mencionar que el debate historiográfico se centra en la actualidad en determinar la importancia de los contactos coloniales a la hora de construir estas defensas, habiendo quienes defienden que estas construcciones son fruto de la búsqueda de similares soluciones a problemas comunes por parte de estas poblaciones del Valle del Ebro, y quienes abogan por un origen mediterráneo de las mismas, al menos en el concepto.

3. CRONOLOGÍA Y CONTEXTO CULTURAL

3.1 Cronología y periodización

Los problemas para la periodización para las etapas de Bronce Final y la Primera Edad del Hierro vienen condicionados por la utilización de dos propuestas de origen europeo adaptadas al caso del Noreste peninsular a lo largo del siglo XX. Una es la cronología propuesta por J. Guilaine para el sudeste francés y otra es el esquema elaborado por Martín Almagro Gorbea a partir de la terminología alemana (Zapatero 2014, 196).

El resultado de la aplicación de estos esquemas es la creación de una periodización tripartita a finales de los 80 cuyas fechas se han ido actualizando con la sucesiva calibración de las dataciones obtenidas mediante C14. Esta periodización sería la siguiente (López Cachero 2006, 14):

- Campos de Urnas Antiguos – Bronce Final II (1300-1100/1000 ANE)
- Campos de Urnas Recientes – Bronce Final III (1100/1000-800/650 ANE)
- Campos de Urnas del Hierro – Primera Edad del Hierro (800/650-550 ANE)

El núcleo del problema radica en que a raíz de los nuevos datos que se están obteniendo, junto con las calibraciones de C14, cada vez se hace más difícil mantener las tradicionales cronologías de estos esquemas tan rígidos (Rodanés y Picazo 2002, 284) en un entorno geográfico tan heterogéneo como es el Noreste Peninsular. Las nuevas fechas calibradas envejecen a las tradicionalmente admitidas para este período, produciendo solapamientos entre las diferentes fases y un “escalón” con las dataciones realizadas a través de las importaciones mediterráneas (Ruiz Zapatero 2011, 643).

Autores como Rodanés y Picazo ponen en entredicho la cronología dada para el final del Bronce Reciente y el inicio del Bronce Final, asociado tradicionalmente con la aparición de los primeros elementos de Campos de Urnas. Algunas de las dataciones más antiguas tomadas como referencia para el inicio del Bronce Final podrían ser cuestionadas, como es el caso de Genó, donde la fecha utilizada como referencia para la datación del yacimiento es 150 años más antigua que las restantes del conjunto (Rodanés y Picazo 2018, 164). En la Cueva del Moro de Olvena, donde las dataciones sí se corresponden con un contexto del Bronce Final, no aparece el que se ha considerado como fósil director del fenómeno de los Campos de Urnas, las cerámicas acanaladas. De hecho, en los valles del Cinca y Segre, los asentamientos datados en el Bronce Final con presencia de este tipo de cerámicas no superan el siglo IX cal BC.

Vistos estos datos, no disponemos de argumentos arqueológicos que nos permitan situar el inicio de los Campos de Urnas para las fechas que se vienen aceptando en el esquema anteriormente citado. Una nueva propuesta que matizaría y actualizaría la cronología tradicionalmente aceptada es la propuesta por Rodanés y Picazo (2018, 164 -165), y que vamos a utilizar en el presente trabajo, sabiendo que puede estar sujeta a futuras revisiones:

-Bronce Final / Campos de Urnas (1100-800 cal BC)

-Primera Edad del Hierro (800-500 cal BC)

3.2 Contexto cultural

Dentro del Noreste peninsular nos encontramos con una diversificación regional muy amplia, cuyos orígenes se remontan al Bronce Medio e incluso antes. En este momento comienzan a aparecer elementos cuyo origen se corresponde con el mundo transpirenaico, lo que evidencia que existen fluidos movimientos de población y mercancías a través de los pasos pirenaicos mucho antes de la llegada de los Campos de Urnas.

Durante el Bronce Final esta diversidad regional se puede observar en la variedad de asentamientos, llegándose a distinguir tres modelos diferentes, cada uno localizado en un marco geográfico distinto: en el Ampurdán el poblamiento se articula en pequeñas agrupaciones de cabañas realizadas en materiales perecederos, herencia del Bronce Inicial; en el Vallés–Maresme encontramos cabañas en fosa cuyo origen se encuentra en el Neolítico; y por último, en los valles del Cinca y Segre y el Bajo Aragón son característicos los poblados de “espacio central”, con arquitectura en piedra y que se remontan a momentos muy tempranos del Bronce Medio (Ruiz Zapatero 2014, 197).

Estas comunidades mantendrían la misma economía que durante todo el Bronce Pleno, basada en la agricultura y ganadería y generadora de pocos excedentes, lo que haría a estas sociedades bastante igualitarias (Zapatero 2011, 650). No obstante, la construcción de poblados de espacio central requiere de una planificación urbanística previa, lo que implicaría la existencia de determinados personajes con la autoridad suficiente para que, en momentos puntuales, asumieran la gestión de los recursos humanos y materiales de la comunidad (López Cachero 2007, 105). Sin embargo el tamaño y la distribución interior de las viviendas no muestran grandes diferencias entre sí, salvo en el caso de la casa H-2 de Genó, como veremos más adelante. La existencia de estos personajes la deducimos de algunos ajuares sensiblemente más ricos que el resto, que presentan elementos de bronce amortizados.

No obstante, desde el Bronce Final (Picazo 2005, 113) se produce en el Valle Medio del Ebro un importante crecimiento demográfico, que llevará a la colonización de nuevos espacios más fértiles a lo largo del Ebro y sus afluentes (Burillo y Picazo 1994, 106). La proliferación de estos nuevos poblados aumentará la competencia entre comunidades, generando un control desigual de los recursos dentro de las mismas y la necesidad de delimitar y afianzar el control y la explotación del territorio, potenciando la construcción de nuevos sistemas defensivos y la utilización de las necrópolis como marcadores territoriales.

Para la Primera Edad del Hierro este fenómeno aparece progresivamente en todo el Valle Medio del Ebro, generando una dinámica totalmente distinta a la de los territorios costeros. Las evidencias arqueológicas nos dicen que este período fue de una alta conflictividad social, pues todos los asentamientos fundados en los siglos VIII-VII a.n.e. presentan niveles de destrucción e incendio, aunque ninguno de ellos se abandona

por completo (Burillo y Picazo 1994,106). En medio de estos episodios de violencia, los personajes de carácter guerrero adquirirán cada vez más importancia, situándose poco a poco en lo más alto de la escala social de estas sociedades del Bronce Final y comienzos de la Edad del Hierro.

Fruto de la presencia colonial fenicia a partir de los siglos VIII- VII a.n.e. se introducirán los primeros elementos de hierro, la vid y las primeras manufacturas a torno, aportando nuevas posibilidades a la economía de estos grupos, facilitando la aparición de excedentes y potenciando la jerarquización social, claramente observables en las necrópolis de la Primera Edad del Hierro.

Es en este contexto cuando aparecen los sistemas defensivos complejos en el Valle Medio del Ebro.

4. EL ORIGEN DEL POBLAMIENTO FORTIFICADO EN EL VALLE MEDIO DEL EBRO

La existencia de los primeros sistemas defensivos y fortificaciones en la Península Ibérica se remonta al Calcolítico, concentrándose sobre todo en las zonas del sureste peninsular (Moret 1996, 169). En estas áreas encontramos a lo largo del Calcolítico y la Edad del Bronce las conocidas culturas de Los Millares, El Argar y Motillas, cuyos asentamientos se caracterizan por estar dotados de potentes sistemas defensivos. Para el Valle del Ebro no se conoce la existencia de este tipo de construcciones para el Calcolítico, aunque en la Edad del Bronce aparecen asentamientos fortificados con cronologías similares a El Argar o Motillas. Estos elementos arquitectónicos, urbanísticos y defensivos podrían ser considerados como precedentes de los sistemas fortificados que aparecen en este entorno geográfico en la Primera Edad del Hierro.

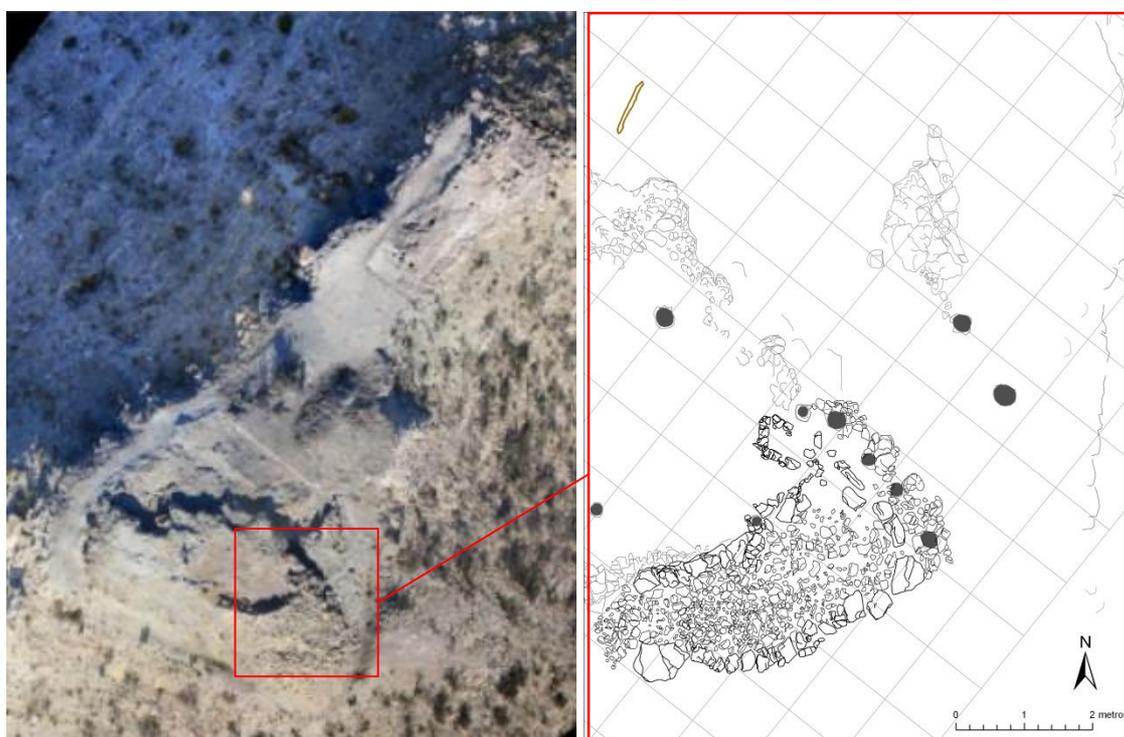


Fig. 2. Fotografía aérea del yacimiento de Los Collados (Jaulín, Zaragoza) y detalle del único tramo de muralla conservado en la zona de acceso al poblado. (Pérez-Lambán, Picazo y Fanlo 2015).

Uno de estos elementos defensivos es la muralla presente en el yacimiento del Bronce Antiguo de Los Collados (Jaulín, Zaragoza), datado alrededor del 1900 a.n.e. Este yacimiento está ubicado en la cima de un cerro muy erosionado, en el que se reconoce la existencia de una muralla de doble paramento que protege un poblado de tipo aglomerado. La muralla, realizada en caliza y de dos metros de grosor, estaba reforzada en la entrada al poblado con postes de madera (Pérez-Lambán, Picazo y Fanlo 2015).

Similares elementos arquitectónicos y urbanísticos los encontramos en el yacimiento de la Hoya Quemada (Mora de Rubielos, Teruel) (Burillo y Picazo 1997). Este yacimiento, correspondiente al Bronce Medio, es un poblado de tipo aglomerado, con un espacio de acceso central, en altura y un muro en piedra de un metro de espesor que rodea el poblado, quedando las casas adosadas al mismo.

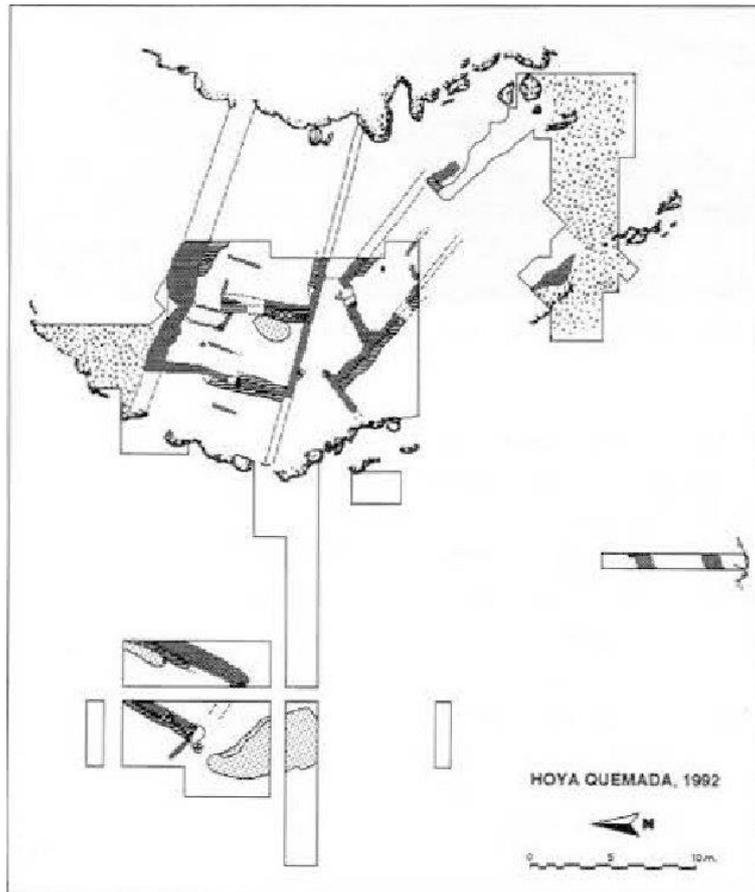


Fig. 3. Planimetría general de la Hoya Quemada (Mora de Rubielos, Teruel) (Burillo y Picazo 1997).

Estas características son las mismas que vamos a encontrar a partir del Bronce Final en los poblados de calle central en el Valle del Ebro, vinculados tradicionalmente a los Campos de Urnas. Sería entonces sugerente pensar que estos poblados del Sistema Ibérico como la Hoya Quemada son los precedentes de ese urbanismo de calle central, presente en determinadas áreas del NE peninsular. Así mismo, autores como López Cachero entienden que la posterior evolución de estos poblados de calle central da lugar, fruto de la potenciación de los elementos defensivos, a la aparición de los poblados fortificados con sistemas más complejos, poniendo como ejemplo el caso de Vilars (López Cachero 1999, 79).

Pero el problema de esta teoría sobre el origen de los poblados de calle central es la distancia cronológica entre aquellos poblados del Bronce Medio y los del Bronce Final del Valle del Ebro (Burillo y Picazo 1994). La Hoya Quemada, por ejemplo, tiene su final en torno al 1650 cal B.C, mientras que el poblado de calle central en el Valle del Ebro ejemplificado en el yacimiento de Zaforas (Caspe, Zaragoza) tiene su origen alrededor del 1140 cal B.C. (Rodanés y Picazo 2014, 226). Esta falta de continuidad en el poblamiento durante un período de tiempo tan dilatado no nos permite establecer un esquema evolutivo que explique el origen de los poblados de calle central en el Valle del Ebro y la posterior aparición de los complejos sistemas urbanísticos y defensivos de la Primera Edad del Hierro.

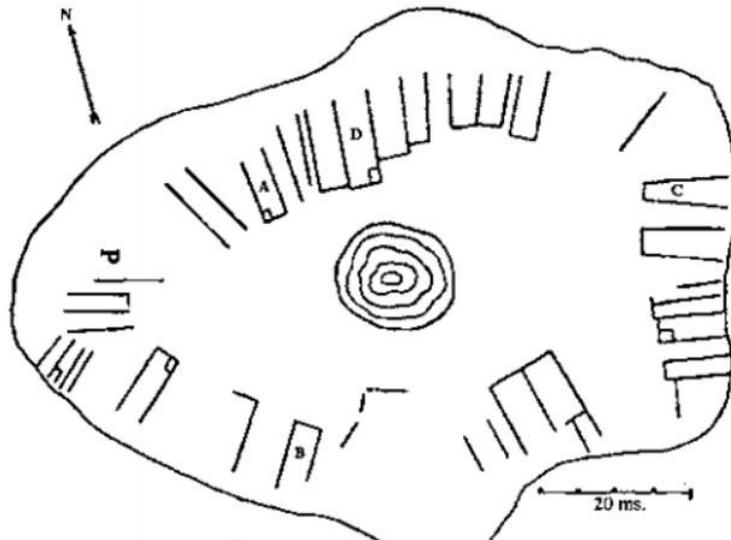


Fig.4. Planta del poblado de Zaforas (Caspe, Zaragoza) (Burillo y Picazo 1994).

Por otro lado, las hipótesis sobre el origen centroeuropeo de este urbanismo, ligado a la expansión de los Campos de Urnas, han sido superadas al demostrarse que al norte de los Pirineos no aparecen estos modelos de calle o espacio central y con viviendas de trama rectangular durante el período de los Campos de Urnas, sino mucho más tarde (Pellicer 1987, 163).

El origen de estos poblados de calle central en el Valle Medio del Ebro habría que atribuirlo a una evolución local a partir de las primeras construcciones en piedra que encontramos en algunas áreas del NE peninsular a comienzo del Bronce Inicial, y que se consolidarán en el Bronce Final (López Cachero 2007, 81). Esta evolución sería fruto de la búsqueda de soluciones ante la necesidad de organizar un espacio reducido desde el cual se pueda controlar el terreno circundante y cuya posición sea fácilmente defendible.

Dos ejemplos paradigmáticos son los yacimientos de Genó (Aitona, Lérida) y el Cabezo de Monleón (Caspe, Zaragoza).

La ocupación del poblado de Genó se produce en algún momento del siglo XI a.n.e., sobre un cerro testigo a orillas del Segre. Nos encontramos con un poblado de ocupación única y breve, donde 18 viviendas unidas entre sí por muros medianeros se disponen alrededor de una calle central. En la única ladera se ubica la entrada al poblado, en forma de embudo, y a la que se accedería a través de un portón o de un sistema de cierre a partir de maderos (Maya, Cuesta y López Cachero 1998,56). La planta de todas las viviendas sigue el mismo patrón rectangular, salvo tres excepciones: dos de ellas son las viviendas ubicadas en el acceso al poblado (H-0 y H-8), cuya forma viene condicionada por la necesidad de cerrar el poblado, y la vivienda H-2, cuya planta y distribución interior es sensiblemente diferente al resto. Esta última vivienda podría indicarnos, dentro del contexto de las sociedades igualitarias del Bronce Final del que hemos hablado más arriba, un incipiente proceso de jerarquización y desigualdad social, relacionado con la metalurgia (Maya, Cuesta y López Cachero 1998, 28).

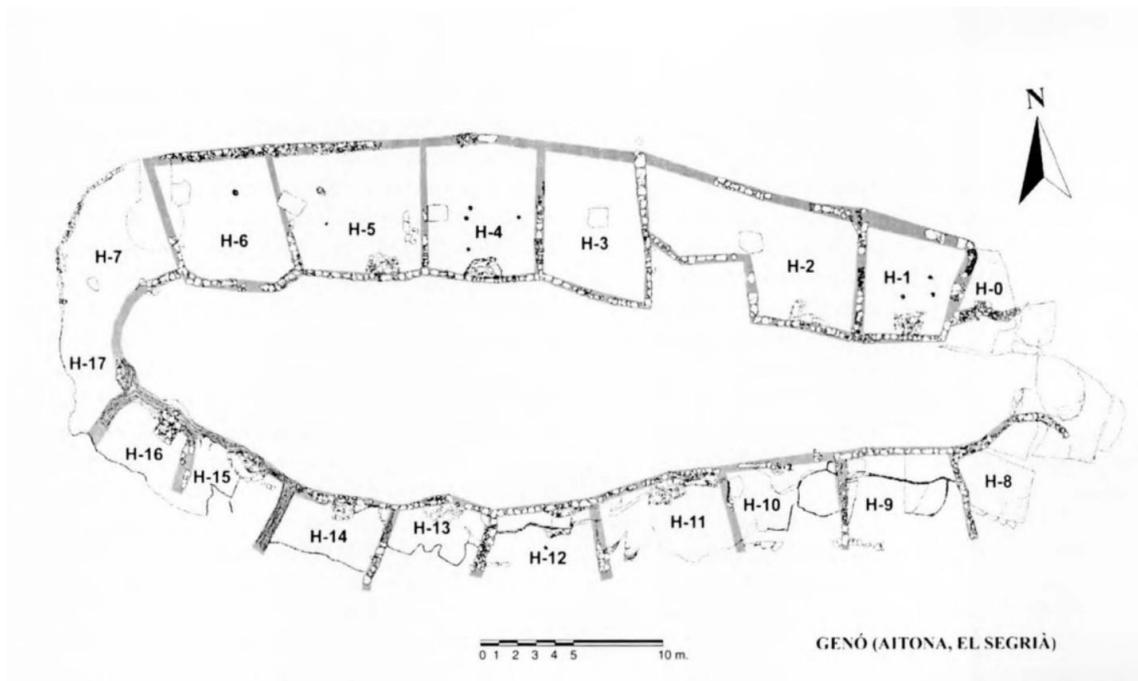


Fig. 5. Planta general de Genó (Maya, Cuesta y López Cachero 1998).

Los muros, que no superan el medio metro de anchura, están levantados enteramente con fragmentos de piedra caliza, extraída del propio cerro, y reforzados con pasta de barro, que hace las veces de argamasa.

No podemos considerar sin embargo que este poblado esté fortificado, ya que el muro trasero de las viviendas carece de la consistencia y solidez necesarias para que se le pueda atribuir una función defensiva. Su función estaría destinada a proteger a sus habitantes de posibles robos, animales salvajes y de los fuertes vientos que soplan en la cima del montículo.

El segundo ejemplo de poblado de calle central es el Cabezo de Monleón (Caspe, Zaragoza), excavado por Antonio Beltrán Martínez entre 1952 y 1960. Está fechado a finales del Bronce Final y en él se observan parciales destrucciones y reconstrucciones, evidenciando varias etapas o fases de ocupación, aunque en ningún momento sufrió un abandono total (Beltrán Martínez 1984, 24-25). Como en el caso anterior, no está dotado de ningún tipo de muralla, siendo los muros traseros de las viviendas los que actúan como muro perimetral. Estos muros estaban, a diferencia de Genó y como suele ser la norma general, levantados en barro/tapial sobre un zócalo de piedra. Al contrario que en el caso de Genó, este yacimiento contaba con una balsa para almacenaje de agua en el centro del poblado. Su estado de conservación, fruto de la erosión y de las trincheras que se excavaron durante la Guerra Civil, impide saber con exactitud dónde se ubicarían los posibles accesos al poblado.

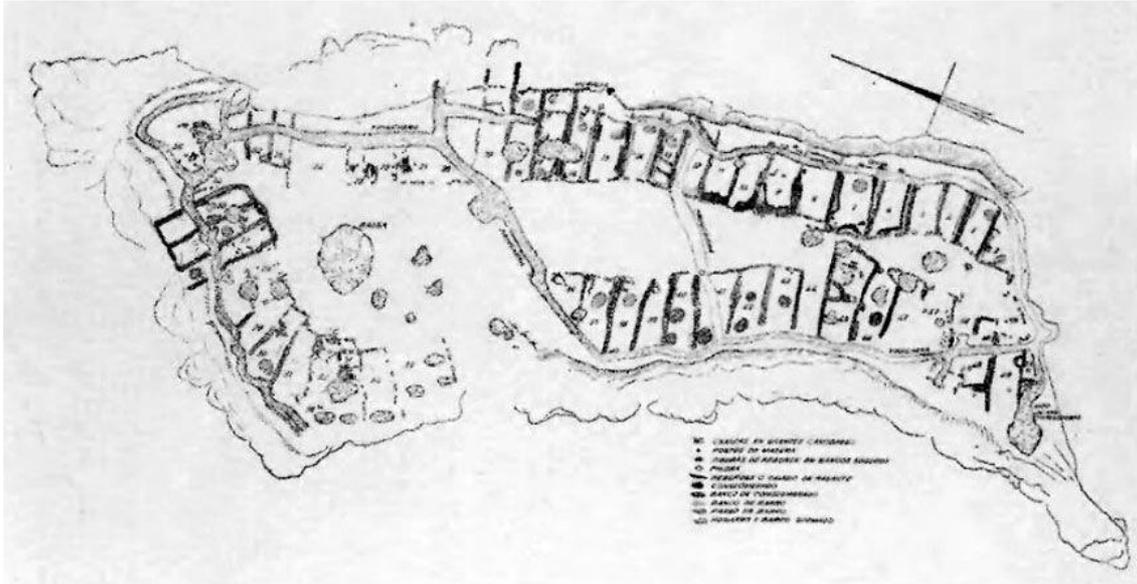


Fig. 6. Planta del poblado del Cabezo de Monleón (Caspe, Zaragoza). Beltrán Martínez, 1984.

Sin embargo, este urbanismo de tradición indígena no parece justificar *a priori* la aparición en la siguiente etapa de sistemas defensivos tan complejos y sofisticados, dotados de potentes murallas, torres, bastiones y defensas adelantadas fundados *ex novo*.

Por otro lado, el horizonte colonial fenicio comienza a hacer acto de presencia en la Península a finales del siglo IX, y para el Bajo Aragón encontramos los primeros objetos importados de inspiración oriental en el siglo VIII a.n.e. (Rodanés y Picazo 2014, 228). La presencia colonial fenicia supondría la potenciación de una economía basada en el intercambio de bienes de prestigio, reforzando el papel y la importancia de las élites locales. Con la importación de nuevas tecnologías y técnicas constructivas, se realizarán las primeras construcciones defensivas de influencia oriental, cuya principal característica es la generalización de las torres defensivas de planta rectangular (Prados y Blánquez 2007, 58).

Los autores defensores de las teorías “evolucionistas” o indigenistas argumentan a su favor que las plantas y los trazados de la península no reproducen aquellos de Oriente. No obstante, autores como Díes Cusí (2001), Fernando Prados y Juan José Blánquez Pérez (Prados y Blánquez 2007) coinciden en que una de las características principales de los sistemas defensivos orientales es la utilización de bastiones y/o torres cuadradas macizas adosadas al paramento exterior de la muralla, observable en los asentamientos fenicios de la península como La Fonteta (González Prats y Ruiz Segura, 2000).

Dicho esto, no tendríamos que buscar paralelismos en el número de torres/bastiones adosados a la muralla ni a la construcción de determinados tipos de entradas, sino a detalles como la distribución clave de las torres o la existencia de un foso profundo antecedido por un glacis (Díes Cusí 2001, 74).



Fig. 7. Reconstrucción del interior del asentamiento del Alto de la Cruz (Cortes, Navarra) y su sistema defensivo durante la Primera Edad del Hierro. Facebook del Museo del Alto de la Cruz

Así, la construcción de fortificaciones respondería a la necesidad de protección de las manufacturas y bienes de comercio de cada asentamiento por parte de las aristocracias locales en un momento donde cada vez cobra más importancia el control del territorio y de las vías de comunicación. Estos sistemas defensivos, más o menos complejos según el caso, estarían realizados por mano de obra indígena, pero el diseño y organización corresponderían a gentes de origen oriental (Prados y Blázquez 2007, 59).

El Valle del Ebro, como excelente vía de comunicación entre el Mediterráneo y el interior peninsular, no sería ajeno al fenómeno colonial fenicio. Las influencias orientales, aceptadas sin discusión para época pre ibérica, habría que retrotraerlas hasta finales de los siglos VIII y VII a.n.e., (Rodanés y Picazo 2014, 229) momento en el que aparecen los primeros elementos de comercio de influencia oriental y se construyen los primeros asentamientos con sistemas defensivos complejos, de los que todavía no se han encontrado precedentes claros en épocas anteriores. Como causa de este comercio se modificará el sistema económico de las comunidades indígenas, que buscará la producción de excedente agropecuario y que traerá consigo la creación de nuevas relaciones de poder, que conduce en última instancia con la aparición de las sociedades jerarquizadas.

Dentro de esta dinámica, las nuevas élites se servirán de los sistemas defensivos como medio para ostentar su poder y control sobre el territorio circundante, añadiéndose a la función defensiva un factor secundario, el simbólico.

5. YACIMIENTOS FORTIFICADOS DE LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

5.1 Cabezo de la Cruz (La Muela, Zaragoza)

El poblado del Cabezo de la Cruz está ubicado en un pequeño cerro en la margen izquierda del río Huerva, donde además de una ocupación del Bronce Final, se encuentra uno de los yacimientos que va a ser referente para toda la Primera Edad del Hierro en el Valle Medio del Ebro (Rodanés y Picazo 2009, 11), con tres fases de ocupación superpuestas, que van desde el siglo VIII hasta finales del siglo VI cal. BC (fases II –IV). Aunque su existencia ya se conocía desde finales del s. XX (Burillo y Fanlo 1979), no será hasta el año 2004 y con motivo de la construcción de la autovía Teruel -Zaragoza (que causará la destrucción de parte del yacimiento) cuando se inicien las excavaciones arqueológicas. El poblado ocuparía presumiblemente toda la superficie del cerro, extendiéndose desde la cima hasta la parte media y baja de la ladera, quedando cerrado por la muralla.

El urbanismo está plenamente configurado desde la primera fase de la Edad del Hierro, sin tener en cuenta el anterior asentamiento del Bronce Final, y condicionan las sucesivas ocupaciones. Las casas se distribuyen en terrazas adaptadas a las curvas de nivel del cerro y se apoyan en la muralla. Perpendiculares a ella se hallaron dos calles que ascienden hacia la cima y a cuyos lados se distribuyen las citadas viviendas, todas de forma rectangular, realizadas con la misma técnica constructiva y con similar distribución espacial (Rodanés y Picazo 2009, 274). En las siguientes fases algunas aumentarán de tamaño en detrimento de otras, lo que podría evidenciar un incremento de la desigualdad social.

El sistema defensivo del que está dotado el Cabezo de la Cruz es un sistema complejo ubicado en la parte media-baja de la ladera, donde en 16 metros de anchura encontramos un foso con su correspondiente escarpa y contraescarpa, una muralla de 1 metro de grosor con zócalo de piedra y, adosados a ella, bastiones cuadrangulares de unos 4 metros de lado (Rodanés y Picazo 2009, 266). Construido en la primera fase del poblado de la Edad del Hierro (fase II), va a estar activo hasta el final del mismo, aunque sufrirá de igual manera los abandonos y remodelaciones que afectan al poblado.



Fig. 8. Planimetría general del Yacimiento durante la fase II (Rodanés y Picazo 2009).

5.2 Alto de la Cruz (Cortes, Navarra)

El poblado del Alto de la Cruz está ubicado en una llanura fluvial a orillas del río Huecha, en la localidad de Cortes de Navarra. Las últimas investigaciones (Gracia, García y Munilla 1996) hablan de una ocupación que comenzaría en el siglo XI y se extendería hasta el siglo V a.n.e., sucediéndose diferentes fases de ocupación. La primera etapa constructiva nos habla de cabañas construidas con materiales perecederos y de planta elíptica o semicircular, que evolucionan a mediados del siglo X hacia viviendas de planta rectangular construidas en adobe, dando los primeros pasos hacia un urbanismo planificado. Para el siglo VII nos encontramos un urbanismo de calle central, con viviendas agrupadas en “barrios” compartiendo muros medianiles y, lo que más nos interesa, un sistema defensivo complejo. Este sistema está compuesto por un talud formado por la acumulación intencionada de cal y arcillas y un paramento triple de adobe que se adosa a la cabecera de las viviendas, delimitando el perímetro del poblado.

Esta “muralla” también presenta lo que sus investigadores catalogaron como un “contrafuerte”, pero tanto su composición como su técnica constructiva hacen pensar sin lugar a dudas en una torre o bastión que complementaría al sistema defensivo compuesto por el talud y la muralla.



Fig. 9. Reconstrucción virtual del Alto de la Cruz (Museo Virtual del Alto de la Cruz).

Una característica de este yacimiento es la ausencia total de arquitectura en piedra, debido a la ausencia de esta en la zona.

Las últimas ocupaciones del Alto de la Cruz están comprendidas entre finales del siglo VI y comienzos del V a.n.e, momento en que se produce su abandono.

5.3 Vilars (Arbeca, Lérida)

Las excavaciones que se vienen llevando a cabo desde 1985 han dado a conocer la existencia de este poblado, un caso singular no sólo por su ubicación y su trama urbana, sino por su excepcional sistema defensivo. La fecha de su fundación *ex novo* está ubicada en torno al 750 a.n.e. (Alonso *et alii* 1998, 356), momento desde el cual va a estar habitado sin interrupción hasta mediados del siglo IV a.n.e. Durante este período de tiempo se distinguen hasta 5 fases constructivas diferentes (Vilars 0 - Vilars IV), en las que se altera significativamente su aspecto original. Al contrario que los poblados de cronología similar, que suelen ubicarse en alto, en lugares de más difícil acceso, Vilars está construido en una llanura formada por la desembocadura de un barranco cercano.

Las viviendas, de planta rectangular, están distribuidas en torno a una plaza central, que en la denominada fase III (450-375 a.n.e.) será reconvertida en una gran cisterna (Alonso *et alii* 1998, 357). De esta plaza parten las calles que conducen a las diferentes puertas de entrada al poblado, lo que le da un aspecto de trama urbana con disposición radial.

El sistema defensivo inicial de Vilars 0 estaba compuesto por una muralla de paramento único realizada en piedra y dos salidas orientadas al Este y al Oeste. A esta muralla estaban adosadas 7 torres rectangulares de estructura maciza. Rodeando el conjunto se encontraba un campo de piedras hincadas, mal llamados “campos frisios”, como defensa avanzada. Durante Vilars I (650-525 a.n.e.) la puerta orientada al Oeste se cerrará, quedando únicamente aquella orientada a la salida del sol, a la que se le añadirán diferentes elementos hasta acabar convertida en una verdadera torre-puerta en Vilars II (550/25-450/25 a.n.e.) (Junyent *et alii* 2009, 316). Al mismo tiempo se abre una nueva puerta, que con el tiempo y sucesivas remodelaciones se va a convertir en el acceso principal y monumental que vemos hoy en día. En las últimas fases del yacimiento (III y IV; 450/375, 375/325 a.n.e.), coincidiendo con el máximo apogeo de la fortaleza y su posterior abandono, se abre el gran foso que rodea Vilars, con una anchura variable entre los 19 y los 25 metros y una profundidad máxima de 2 metros (Junyent *et alii* 2009, 323) completando el gran anillo defensivo.



Fig.10. Reconstrucción digital de Vilars durante las fases III y IV.
<https://latunicadeneso.wordpress.com/2017/02/15/la-mini-troya-ibera-de-lleida>

La monumentalidad y excepcionalidad de las defensas de Vilars hacen que nos refiramos a él más como una “fortaleza” que como un poblado, ya que suponen un 80% del espacio construido (Junyent *et alii* 2009, 308). No obstante, no debemos olvidar que la finalidad última de todo este complejo es la de dar protección a las actividades productivas que se realizan en su interior y a sus habitantes, unos 175 según su autor. En este aspecto, nuestra opinión es que serían unas cuantas decenas más, atendiendo al elevado número de viviendas del asentamiento, como ocurre en el caso de La Codera.

5.4 Las Eretas (Berbizana, Navarra)

Las Eretas es el yacimiento más septentrional que abordaremos en este trabajo. Está caracterizado por ser un poblado de calle central fortificado, ubicado en una planicie a orillas del Río Arga, fundado *ex novo* a comienzos del siglo VI a.n.e. El yacimiento es fruto de una planificación urbana previa, donde la muralla es lo primero en ser construido y lo que condiciona el urbanismo y posterior desarrollo del poblado. Se han constatado dos fases de habitación ininterrumpidas. Aunque las excavaciones, llevadas a cabo entre 1991 y 1996, sólo han sacado a la luz una cuarta parte del yacimiento (Armendáriz 1998, 30), lo descubierto hasta ahora nos habla de un poblado fortificado de la Primera Edad del Hierro de planta semicircular, casas rectangulares y un sistema defensivo compuesto de una muralla y bastiones adosados a esta, resultando en un modelo muy similar al yacimiento del Alto de la Cruz (Cortes, Navarra).

Debido a la paralización de las excavaciones, no sabemos con certeza si las torres estarían, como creen sus investigadores, dispuestas a intervalos regulares a lo largo del lienzo amurallado, como tampoco sabemos dónde su ubicaría la puerta de entrada, ni si contaría con otro tipo de defensas avanzadas como un foso o campo de piedras hincadas.

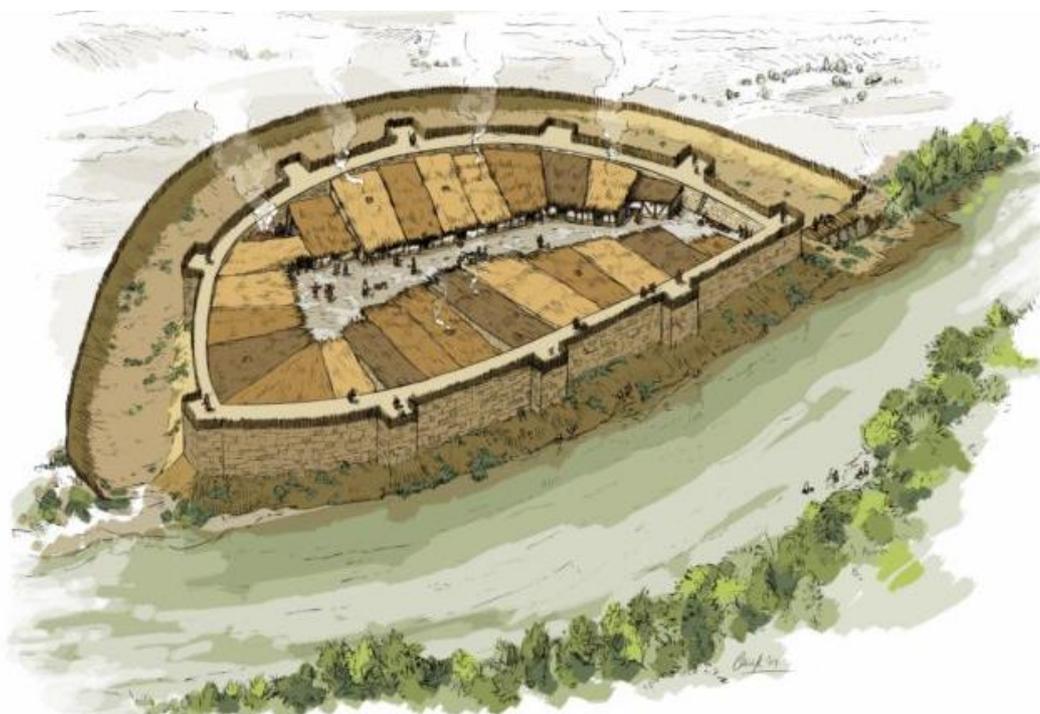


Fig. 11. Recreación ideal del poblado fortificado. (Museo digital del Yacimiento de Eretas)

5.5 La Codera (Alcolea de Cinca, Huesca)

Este yacimiento, excavado sin interrupción desde 1997, está situado en el término municipal de Alcolea de Cinca, sobre un espolón en la margen derecha del Cinca desde el cual se puede controlar visualmente la desembocadura del río Alcanadre y el encuentro entre el Cinca, el Segre y el Ebro, a tan sólo unos pocos kilómetros de distancia (Montón 2003, 375). A este yacimiento también están asociadas dos necrópolis de incineración, de similar cronología.

El urbanismo del poblado está adaptado a la topografía del terreno, articulado en dos vías o ejes, uno longitudinal en dirección Norte-Sur y otro transversal, en sentido Este-Oeste, quedando las viviendas (un total de 38) distribuidas a ambos lados de las mismas. La extensión total del poblado es de unos 100 metros de longitud y 50 metros en su punto más ancho, donde se ubica la muralla, de la que hablaremos más tarde. La vida del poblado durante la Primera Edad del Hierro se extiende desde finales del s. VII, momento de su fundación, hasta inicios del s. V a.n.e., cuando se abandona. Durante este período de tiempo la actividad de este núcleo urbano es ininterrumpida, si bien algunos elementos constructivos hacen que sus investigadores puedan distinguir al menos dos fases o secuencias de ocupación (Montón 2015, 104).

En la primera fase de ocupación se habita la parte del espolón más cercana al llano al cual está conectado, aprovechando una pequeña elevación del terreno, donde se levanta el primer muro de defensa del poblado y las habitaciones adosadas a él.



Fig.12. Vista aérea de La Codera con las estructuras resaltadas (Montón 2015).

En la segunda etapa se extenderá la ocupación al resto del espolón a través del ya mencionado eje longitudinal, al mismo tiempo que se efectúa la reforma de la muralla, dándole el aspecto que podemos contemplar en la actualidad.

La comunidad que habitaría en este enclave estaría compuesta por alrededor de cien individuos, aunque a nuestro juicio podrían ser unas cuantas decenas más, atendiendo al número de viviendas y presuponiendo que en cada una de ellas hubiese un reducido

núcleo familiar compuesto de cuatro individuos mínimo. Entre estos habitantes sus investigadores consideran que no habría grandes diferencias sociales, teniendo en cuenta la similitud en planta y tamaño de las viviendas y los escasos ajuares funerarios, así como la inexistencia de construcciones singulares a excepción del sistema defensivo.

El lado accesible al espolón está defendido por una muralla de unos 50 metros de longitud y 4 metros de ancho. Durante la primera etapa del poblado esta muralla estaba compuesta únicamente de un muro de doble paramento. En un segundo momento se añadirán dos nuevos lienzos y tres torres, en un acto que su investigador ha considerado como una demostración de prestigio e intimidación (Montón 2003, 388).

6. LOS SISTEMAS DEFENSIVOS

Antes de comenzar con la descripción de los diferentes sistemas defensivos nos vemos obligados a hacer una serie de aclaraciones con relación a los elementos que los integran y la denominación de los mismos. No existe una terminología propia para los elementos de defensa y las fortificaciones de época prehistórica y protohistórica, habiendo que recurrir en ocasiones a la utilizada por autores griegos y latinos o a términos acuñados por la poliorcética. Para este apartado vamos a utilizar los términos y acepciones que recoge Francisco Romeo Marugán en su glosario (Romeo Marugán, 2005).

6.1. Descripción de los principales conjuntos

6.1.1. Cabezo de la Cruz (La Muela, Zaragoza)

Muralla con bastiones

La muralla, principal elemento defensivo del poblado, está ubicada unos 5-8 metros más arriba de la escarpa del foso, y discurre a lo largo de 35 metros de forma más o menos paralela a él.

Es considerada la estructura documentada más antigua del asentamiento de la Edad del Hierro. La muralla, de un único paramento, está compuesta de bloques de arenisca de diversos tamaños y cantos rodados de cuarcita provenientes de los alrededores, utilizando barro y mortero como aglutinante. Su anchura media es de 1 metro, aunque en los extremos de la pequeña entrada o poterna llega a alcanzar el 1,40 de espesor. En su cara interna están adosadas las viviendas, mientras que en el exterior tiene adosadas cinco torres macizas de planta cuadrada o rectangular (Rodanés y Picazo 2009, 266).



Fig. 13. Planimetría general de la muralla, torres y foso (Rodanés y Picazo 2011).

Estas torres, construidas con los mismos materiales y la misma técnica que la muralla, se levantaron un poco después, como demuestran los pequeños depósitos de sedimentos cenicientos sobre los que se ubican. Los bastiones documentados, cinco en total, no aparecen imbricados a la muralla, sino adosados a esta. Su mala conservación, consecuencia de la erosión, hace difícil en algunos casos precisar sus medidas exactas, aunque más o menos todos presentan similares dimensiones, entre 3,50 y 4 metros de espesor y una separación de 4 metros entre uno y otro.

Foso

El foso del Cabezo de la Cruz es considerado como un “foso perimetral basal”, caracterizado por su ubicación al pie de cerros testigo para facilitar la defensa del asentamiento, a la vez que evita el movimiento de la ladera (Rodanés y Picazo 2011, 217).

Es el primer elemento de protección del poblado, presente desde la primera ocupación del Hierro (Fase II). Se extiende a lo largo de 62 metros por toda la parte baja de la ladera, adaptándose a las curvas de nivel del cerro. Su anchura media es de unos 4 metros, aunque en algunos tramos llega a alcanzar los 5,5 metros (Rodanés y Picazo 2009, 253). El fondo del foso es prácticamente plano, con un desnivel máximo de un metro entre un extremo y otro del foso debido a un escalón. La profundidad del foso es relativamente pequeña, unos 60cm, pero en la parte más cercana al poblado la construcción de un muro recreciendo en la escarpa potencia el desnivel del talud hasta darle una altura de 2,7 metros con relación al fondo.

También se ha documentado, contemporáneo a la construcción del foso, un recorte de tierra que se extiende de forma paralela al foso, de entre 30 y 50 cm de desnivel, y que se ha interpretado como un terraplén destinado a aumentar la altura de esta primera línea de defensa, alcanzando entre 2 y 3 metros.

Tras su excavación en los inicios de la fase II del poblado, el foso se irá rellenando progresivamente de basura y sedimentos arrastrados desde la parte alta de la ladera, hasta que a comienzos de la fase IV lo encontremos completamente anegado y encharcado (Rodanés y Picazo 2011, 216). Sin embargo, y antes de su abandono final, se vaciará casi por completo de todos los sedimentos acumulados, recuperando su utilidad defensiva. Coincidiendo con el abandono definitivo del poblado, el foso volverá a colmatarse de residuos y sedimentos, así como de los materiales constructivos del poblado, que irán deslizándose ladera abajo. Por último, sobre él se acumulará una gran cantidad de cantos de cuarcita y arenisca, provenientes del derrumbe de las construcciones defensivas.

Escarpa y contraescarpa

En el talud más cercano al poblado hemos mencionado la existencia de un muro de piedra, destinado a potenciar la altura máxima del foso y al que denominaremos como “escarpa”. Este muro está construido con pequeños y medianos bloques de arenisca trabados con barro, y se extiende a lo largo de 60 metros sobre el talud del foso, con diferentes grados de inclinación. La alta concentración de aglutinante (cal) en su construcción estaría destinada a un fraguado rápido de la misma, que junto con el aspecto poco cuidado de su aparejo hace pensar a sus investigadores que fue fruto de un

trabajo precipitado en un momento de necesidad (Rodanés y Picazo 2009, 261). Con todo, no se levantó al mismo tiempo que el resto del sistema defensivo, sino que fue el último elemento añadido a este durante la fase II del asentamiento.

Esta estructura defensiva funcionaría, además de refuerzo del foso, como sostén de la ladera y barrera para los sedimentos que amenazaban con colmar el foso ya desde el principio.

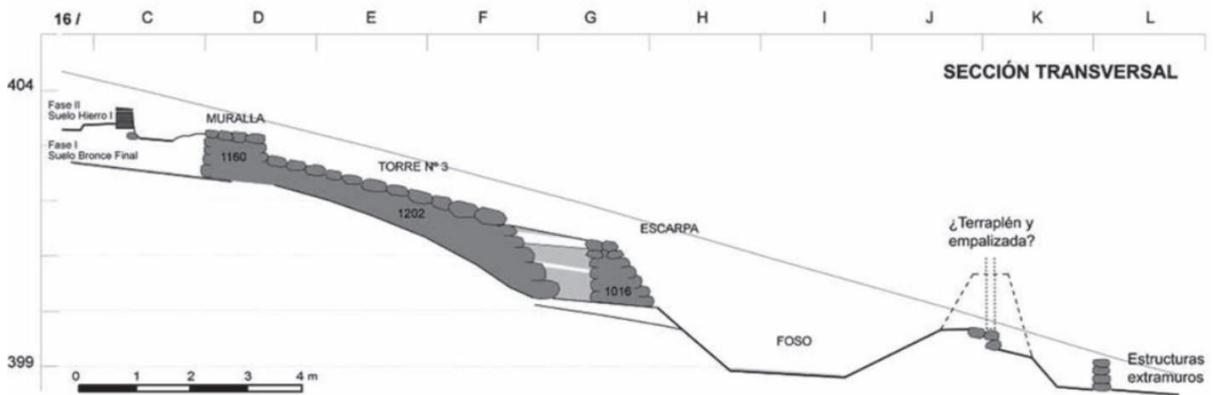


Fig. 14. Sección transversal del sistema defensivo del Cabezo de la Cruz (Rodanés y Picazo 2011)

En algunos puntos del talud exterior del foso se ha constatado la presencia de un posible recrecimiento a base de arcilla, que haría las veces de “contraescarpa”. Sobre este y a su alrededor se han detectado varios agujeros de poste, lo que hace pensar a sus investigadores que, frente al muro, se levantara una empalizada o una línea de estacas dispuestas a intervalos (Rodanés y Picazo 2011, 214).

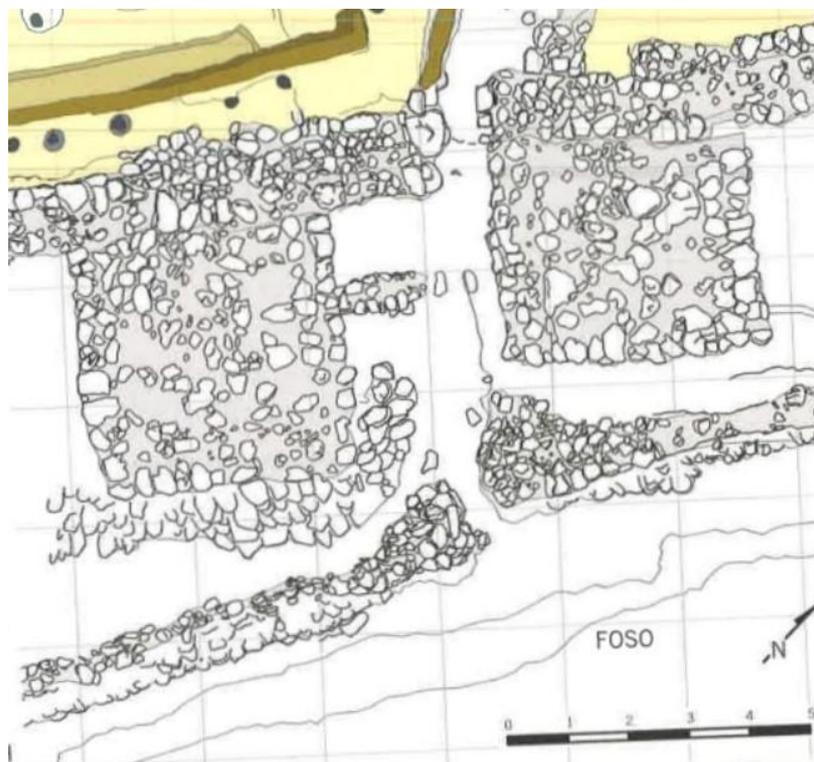


Fig. 15. Detalle de la entrada, tal vez una poterna o puerta secundaria (Rodanés y Picazo 2009)

Entrada o poterna

Ubicada entre dos bastiones se encuentra una entrada de entre 50 y 60 cm de anchura y 2 metros de largo que corta la muralla y da acceso al poblado. Se accedería desde el foso y previamente habría que atravesar un estrecho paso para superar la escarpa.

Esta entrada, que no sería la principal, estaría cerrada por una puerta al final de la misma, donde se han documentado dos bloques de piedra que harían las veces de zócalo. Posteriormente, pero todavía en la fase II, se le añadirá un muro de cantos rodados al lateral de una de las torres con el fin de compartimentar el espacio de la entrada y poder colocar una falsa puerta, dificultando aún más el acceso al interior.

6.1.2 Alto de la Cruz (Cortes, Navarra)

Muralla y torre

El sistema defensivo documentado en el Alto de la Cruz comprende la existencia de un muro de adobe de triple paramento, un talud y una torre o bastión. Este conjunto se corresponde con la fase P.II.b., datada entre mediados del siglo VII y la primera mitad del siglo VI a.n.e., aunque no sería la primera estructura defensiva del asentamiento (Munilla, Gracia y García 1996, 160).

La primera fase de la muralla estaba compuesta por un muro de adobe de doble paramento de 1 metro de grosor adosado a la cabecera de las viviendas, al que posteriormente se le añadirá otra línea de muro de 1,70 metros de ancho realizada en el mismo material.

El talud está formado por la acumulación intencionada de arcilla y cal, formando una pendiente que parte desde la cabecera de los muros hacia el exterior.

Al tramo de muralla de 2,70 metros de grosor se le añadirá un “contrafuerte” exterior de 3 metros de largo y 1,70 metros de ancho. Esta estructura está realizada con módulos de adobe de mayor tamaño que el resto de estructuras constructivas del poblado, y presenta una alternancia de módulos que imita a la técnica constructiva de soga y tizón (Munilla, Gracia y García 1996, 161).

Esta estructura ha sido catalogada por sus investigadores como un contrafuerte destinado a reforzar la m. No obstante nuestra opinión es la de una torre/bastión cuya función sería complementar el sistema defensivo de muralla y talud, siguiendo los ejemplos de Eretas y el Cabezo de la Cruz, salvando las distancias que presenta la ausencia de arquitectura en piedra. Por ello creen sus investigadores que también contaría con un foso perimetral que complementaría la defensa del asentamiento, aunque éste no ha sido constatado hasta el momento.

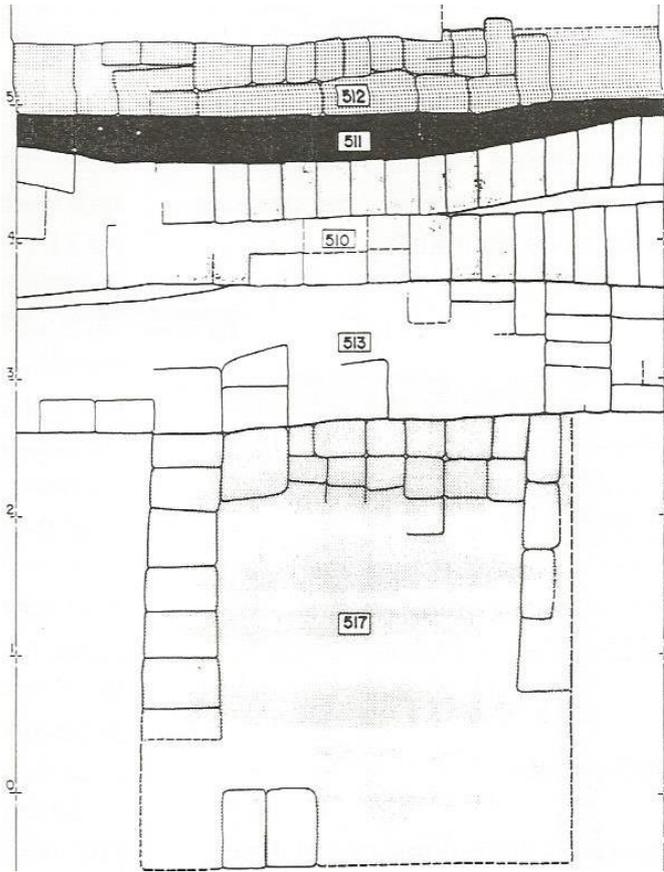


Fig. 16. Detalle del “contrafuerte” o bastión (Munilla, Gracia y García 1996, 161).

6.1.3 El sistema defensivo de Els Vilars (Arbeca, Lérida)

Muralla y torres

El sistema defensivo de Vilars 0 estaba compuesto por una muralla de doble paramento y doce torres adosadas a la misma repartidas a lo largo de sus 200 metros de recorrido. A este muro inicial de 1 metro de grosor y 2 metros de altura se le añadirán durante Vilars 0 y I tres nuevos muros, dando como resultado una muralla con un grosor de entre 5 y 5,50 metros y una altura de 5 metros, sin contar con las estructuras de madera que conformarían el paseo de ronda (Junyent *et alii* 2009, 310). La técnica constructiva utilizada para esta estructura es la mampostería de piedra trabada con barro, dejando las piedras de mayor tamaño para la base.

Las torres están distribuidas en intervalos regulares de 10 a 14 metros de distancia, exceptuando los casos donde se ubican las entradas de acceso al poblado. En un primer momento estaban compuestas por una estructura cuadrangular maciza realizada en piedra a la que se le sumarán, coincidiendo cronológicamente con los paramentos que se añaden a los muros, dos nuevos “forros” (Alonso *et alii* 1998, 360), destinados a aumentar el grosor y la estabilidad de las torres.

Este complejo defensivo se va a conformar durante las fases 0 y I, y va a permanecer en activo durante el resto de la vida del asentamiento.

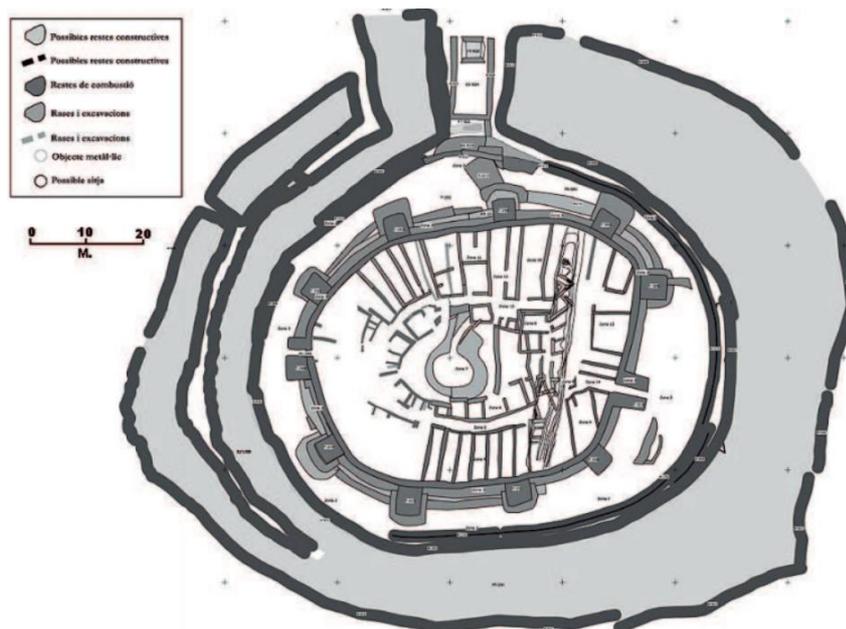


Fig. 17. Plano general de Vilars, con el binomio torres-muralla y el foso resaltados (Royo 2015)

Foso

La construcción del foso está fechada a inicios del siglo V a.n.e., coincidiendo con Vilars III. Su anchura oscila entre los 15 y los 29 metros de anchura, mientras que la profundidad rondaría los 2 metros.

El talud interior del foso está formado por una escarpa en piedra en forma de falsa doble terraza escalonada (Junyent *et alii* 2009, 323), cuya finalidad sería la de sostener el terreno sobre el que se asienta el yacimiento. El muro, de un metro de anchura, rodea el asentamiento a escasos metros de la muralla, salvo por uno de sus costados, donde se separa de esta unos 13 metros. Debido a su frágil manufactura, esta estructura tuvo que ser reparada y reconstruida numerosas veces.

En la cara externa del foso la contraescarpa está paramentada con piedra sólo en la parte inferior, aunque sus investigadores creen que los trabajos agrícolas y la reutilización de materiales en épocas posteriores han impedido la conservación de la parte superior, así como posibles empalizadas y otras estructuras asociadas.

Los depósitos de sedimentos encontrados en el fondo y la existencia de una canalización cercana al yacimiento hacen creer a sus investigadores que el foso de Vilars se correspondería con un foso inundable. De ser así, sería el único caso documentado hasta la fecha para las cronologías que estamos tratando en este trabajo.

Puertas de acceso

A lo largo de su existencia, el asentamiento de Vilars va a contar con tres vías de acceso, aunque en ningún momento estuvieron operando al mismo tiempo. A la Primera Edad del Hierro pertenecen las conocidas como “Puerta Oeste” y “Puerta Este”, mientras que la “Puerta Norte” se correspondería con la fase ibérica del yacimiento, a inicios de la Segunda Edad del Hierro.

La Puerta Oeste va ser la primera entrada documentada, abierta en Vilars 0. Está protegida por dos torres cuadrangulares, conformando un pasillo de 90 centímetros de ancho y 5,50 metros de largo, cuya morfología recuerda a la tipología de “tenaza reentrante” descrita por Pierre Moret (Moret 1996, 121). No obstante, sus investigadores prefieren referirse a ella como “puerta frontal” para diferenciarla de la puerta este, que sí es una verdadera puerta de tenaza (Junyent *et alii* 2009, 312).

Esta Puerta Oeste da acceso a un espacio de unos 9 metros de largo, al final del cual se encuentra la calle que circunvala el interior del asentamiento. Esta puerta desaparecerá con la reordenación urbanística que se lleva a cabo en Vilars I.



Fig. 18. Puerta Oeste durante Vilars 0 y tapiado de la misma en Vilars I (Junyent *et alii* 2009).

La Puerta Este es contemporánea en su creación a la Oeste. Durante Vilars 0, esta va a consistir en una entrada de 2 metros de ancho complementada por la existencia de dos brazos exteriores a modo de tenaza, creando un espacio intermedio de 5,50 metros de largo y 3,50 metros de ancho. En la siguiente fase, esta entrada va a ser el único acceso en funcionamiento del asentamiento. Durante este período va a ser objeto de ciertas transformaciones que van a convertir a esta entrada en “tenaza” en una torre-puerta. El espacio interior se estrechará al adosar a los brazos de la tenaza dos nuevos muros, reduciendo su anchura hasta los 2 metros. Para Vilars II se van a reforzar los paramentos de esta entrada y se va a reducir aún más el espacio interior, al mismo tiempo que se le añade un enlosado, conformando la denominada “torre puerta” que podemos observar en la actualidad.

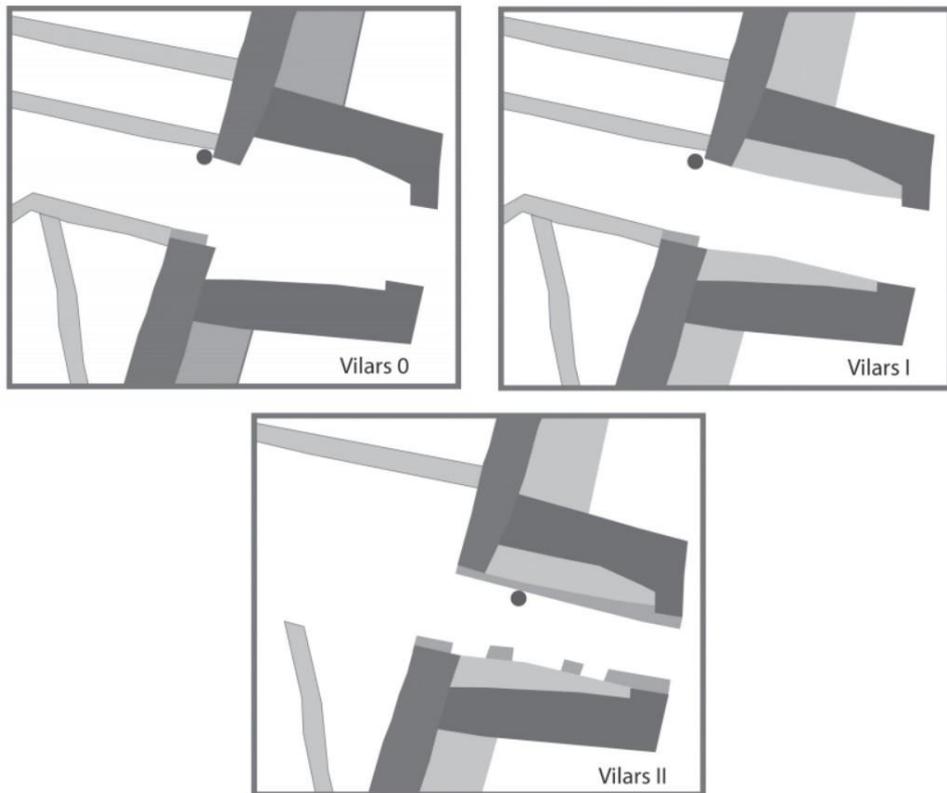


Fig. 19. Secuencia evolutiva de la Puerta Este o “torre puerta” (Junyent *et alii* 2009).



Fig. 20. Vista de la Puerta Este en la actualidad con el enlosado del corredor (Obra del autor)



Fig. 21. Vista aérea de la Puerta Norte y detalle de la rampa de acceso con sus correspondientes fosos (Junyent *et alii* 2009)

Debido a la actividad agrícola, desconocemos si durante las siguientes fases del yacimiento esta puerta sigue operativa. No obstante, la construcción del foso hace suponer que no lo estaría, ya que la apertura de la puerta norte es la única que permite atravesar el foso y acceder al poblado, por lo que la puerta este carecería de utilidad.

A finales de la fase II de Vilars se abrirá un nuevo acceso, la Puerta Norte, como consecuencia de una nueva reordenación urbanística. La apertura de esta puerta supuso la necesidad de añadir una torre más a la derecha de la misma. Esta nueva torre, a diferencia de las ya existentes, es completamente hueca, y presenta una posición adelantada respecto a la entrada (Alonso *et alii* 2003, 242). A la torre ubicada al otro lado de la entrada se le añadirá un bastión, creando un pasadizo de trayectoria oblicua con respecto al eje de la entrada. No obstante la erosión y los ya mencionados trabajos agrícolas han destruido cualquier vestigio sobre la posible evolución de la entrada para las fases III y IV, por lo que desconocemos qué aspecto tendría en el momento de su abandono.

Para acceder al interior del asentamiento desde la Puerta Norte y salvar el foso se adoptará una solución realmente sofisticada y desconocida hasta la fecha para el mundo ibérico (Junyent *et alii* 2009, 324). No se va a excavar la parte del foso que correspondería con la zona de acceso a la puerta norte, y en su lugar sobre esta franja de tierra se levantará una rampa de acceso atravesada por dos pequeños fosos inundados, que en caso de necesidad podrían ser conectados con el foso principal.

Aunque no se ha podido constatar arqueológicamente, sus investigadores opinan que en el exterior del recinto, y a modo de defensa adelantada a esta rampa habría una contraguarnida, quizás con estructuras como torres y empalizadas realizadas en materiales perecederos, de los que no se ha encontrado evidencia alguna.

Campo de piedras hincadas

El primer sistema defensivo de Vilars va a contar con la existencia de un singular elemento de defensa adelantada: un campo de piedras hincadas. Este conjunto de piedras hincadas arrancarían a los pies del primer paramento de muralla, aunque desconocemos su extensión total, pues la construcción del foso en etapas posteriores lo va a destruir parcialmente.

Este campo está compuesto por una barrera de piedras clavadas en el suelo de entre 90 cm y 1,10 metros de altura, dispuestas sobre un pequeño talud artificial.

La finalidad de este conjunto sería la de ralentizar al atacante en su aproximación a la muralla, desde donde los defensores les arrojarían todo tipo de objetos. La idea de que este sistema de defensa es una contramedida al uso de la caballería habría que, en nuestra opinión, descartarla, debido a la poca eficacia que un ataque de este tipo presentaría en el asalto a una muralla (Ruiz Zapatero 2003, 18).

El campo friso estará presente en el sistema defensivo de Vilars desde su fundación hasta Vilars III, cuando la construcción del gran foso que rodea el asentamiento lo destruya buena parte, aunque la acumulación de sedimentos en el exterior de la muralla probablemente ya lo había inutilizado (Junyent *et alii* 2009, 316).



Fig. 22. Fotografía que muestra, en primer plano, parte del conjunto de piedras hincadas situadas al pie de la muralla, con el arranque de una de las torres al fondo y el inicio de la escarpa del foso a la derecha (Obra del autor)

6.1.4 El sistema defensivo de Las Eretas (Berbizana, Navarra)

Muralla y torres

El poblado de Las Eretas cuenta con un sistema defensivo formado por el binomio torres-muralla. Se ha documentado un lienzo de 40 metros de muralla, a lo largo del cual mantiene un grosor constante de 1,5 metros. Su construcción está basada en un muro de doble paramento realizado con piedras de arenisca y relleno de pequeños cascotes y tierra compactada. Alcanzaría una altura de 4 metros, rematada por una empalizada de madera (Armendáriz 1994/96, 299).

Adosados al paramento exterior se encuentran dos bastiones cuadrangulares de 3 metros de lado, ambos realizados con la misma técnica constructiva que la muralla. Ambos están separados entre sí por una distancia de 28 metros, que supuestamente sería el intervalo de distribución que seguirían las torres (Armendáriz 2015,10). No obstante, este dato, la ubicación y tipología de la entrada y la posible existencia de sistemas de defensa adelantados como fosos y campos de piedras hincadas no han sido constatados arqueológicamente, por lo que quizás sería precipitado presuponer su existencia.

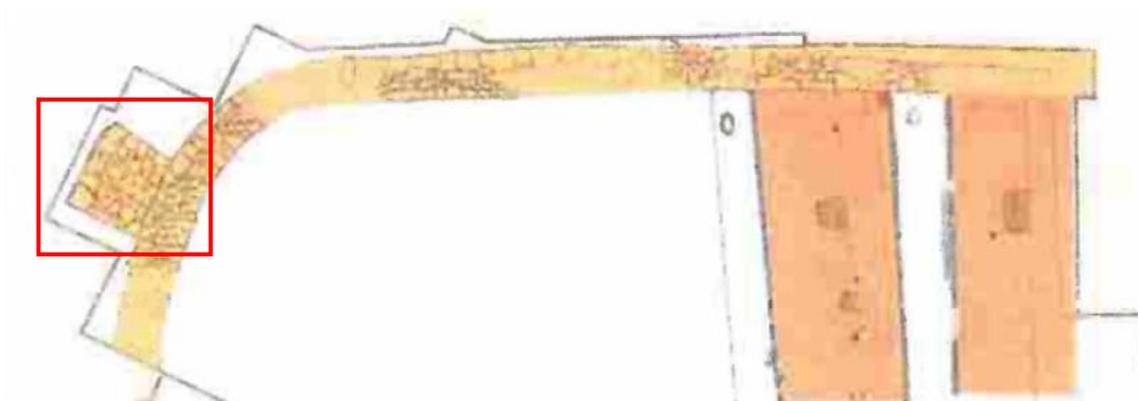


Fig. 23. Planimetría de la zona excavada y detalle de uno de los bastiones (Armendáriz 1998 y 2015).

6.1.5 El sistema defensivo de La Codera (Alcolea de Cinca, Huesca)

Muralla y torres

El sistema defensivo de la Codera está compuesto por una muralla de tipo “barrera” de 50 metros de largo ubicada en la única parte accesible al poblado. Está reforzada por tres torres imbricadas en ella.

La primera construcción defensiva que aparece en el yacimiento es un muro de doble paramento realizado en piedra y relleno con tierra y piedras de pequeño y mediano tamaño, con una anchura total de unos dos metros. El acceso al asentamiento se haría por uno de sus lados, probablemente el occidental (Montón 2003, 387), aunque no ha sido constatado todavía.

En una segunda etapa constructiva se añadirán a este muro dos nuevos paramentos por su cara exterior, conformando una muralla de 4 metros de grosor, realizada en sillares de medio y gran tamaño. Junto a estos dos paramentos se añadirá una torre en el centro de la muralla de planta cuadrangular. Esta torre maciza de 7 metros de lado está realizada con los mismos materiales y técnica constructiva que la muralla, y está engastada en los dos nuevos paramentos a través de la superposición alternativa de sillares, dotando al conjunto de una mayor resistencia que la que tendría si solamente estuviese adosada al muro. No obstante, la escasa cimentación de esta torre hizo que se

volviese inestable, por lo que se tuvo que construir en el paramento interno una serie de muros para evitar su desplazamiento (Montón 2016, 105).



Fig. 24. Vista aérea del sistema defensivo de La Codera, donde se aprecia la superposición de paramentos en la muralla, la torre rectangular, una de las torres semicirculares y la “rampa” de acceso. (Montón 2004).

A ambos extremos de la muralla se levantaron dos torres semicirculares de 10 metros de diámetro, obligando a sus pobladores a abrir una nueva entrada, situada esta vez entre el tramo de muralla comprendido entre la torre cuadrangular y la torre semicircular occidental. A esta nueva entrada se le dotará de un ángulo de 170° , forzando a los atacantes a exponer su costado a los defensores que se ubicarían en lo alto de las torres. Para su investigador, a esta nueva entrada se accedía a través de una rampa (Montón 2003, 388) en el exterior y otra en el interior, por lo que se tuvo que acondicionar una nueva vía de acceso a la calle transversal en detrimento de dos de las viviendas adosadas a la muralla. No obstante, este dato y la existencia de un foso exterior, como defiende su investigador, no han sido constatados arqueológicamente.

6.2 Elementos defensivos

El presente apartado tiene como objetivo fijar las principales características y tipologías de los elementos defensivos de la Primera Edad del Hierro a partir de los conjuntos ya tratados, así como señalar los aspectos comunes y disonantes entre los mismos.

6.2.1 Murallas

Tipos.

Según su extensión y ubicación las podemos clasificar en dos tipos: *perimetrales* y *de barrera*. Las murallas perimetrales suponen la construcción de un lienzo murario

de trazado continuo, sólo interrumpido por la apertura de entradas, creando un recinto cerrado dentro del cual se ubica el poblado. Este tipo de construcciones defensivas suele ser habitual de asentamientos situados en llano o en elevaciones de baja altura, donde las defensas naturales son escasas y por tanto es necesario cubrir todos los flancos del poblado. Por el contrario, las murallas de tipo *barrera* son propias de asentamientos ubicados en altura o en parajes de difícil acceso. Estas construcciones son consideradas como el tipo más primitivo de muralla (Romeo 2005,203), destinadas a defender los puntos débiles del asentamiento. El único ejemplo de asentamiento con muralla de tipo barrera lo encontramos en el yacimiento de La Codera, que como hemos visto, está situado en altura. El resto de yacimientos poseen, o se les presuponen, murallas de tipo perimetral, al estar ubicados en llanuras o en cumbres de escasa altitud.

Técnicas constructivas.

Atendiendo al número de lienzos que conforman la muralla, podemos distinguir entre *muros simples* y *muros de paramentos múltiples* (Moret 1996). La técnica de muro simple consta de la construcción de un único muro, de paramento singular o doble, suponiendo el grado más básico en la construcción de una muralla. Esta técnica está presente en los asentamientos de Las Eretas (muro de doble paramento) y en el Cabezo de la Cruz (muro de paramento único). Por otro lado, la técnica de paramentos múltiples comprende la elaboración del muro defensivo a través de la superposición de diferentes lienzos paralelos, siendo cada paramento la base de apoyo para el posterior. Si esta técnica es fruto de la construcción de los lienzos en diferentes momentos, es conocida como “*kernmauer*” (Romeo 2005, 201). Esta última es la que se observa en los asentamientos del Alto de la Cruz, La Codera y Els Vilars.

La técnica constructiva para la elaboración de los muros suele ser bastante sencilla. El aparejo exterior está construido con los recursos pétreos disponibles en la zona, siendo la norma general que los fragmentos de mayor tamaño se ubiquen en las hiladas inferiores. El interior de los muros está relleno con tierra compacta y piedras de menor tamaño. En el caso del Cabezo de la Cruz, la construcción de un único paramento impide la utilización de este tipo de técnica constructiva. En su lugar, el lienzo de la muralla está elaborado con la trabazón a través de un mortero compuesto de yeso y cal de grandes fragmentos de cuarcita locales, dando como resultado una obra de mampostería donde los bloques más grandes tienden a situarse en las caras externas (Rodanés y Picazo 2011, 222). Otra excepción es la muralla del yacimiento del Alto de la Cruz. Debido a la ausencia de piedra en la zona, la construcción de la misma se ha elaborado a través de la superposición de módulos de adobe, imitando la técnica constructiva de sogá y tizón (Munilla, Gracia y García 1996, 161).

La anchura media de cada muro es de aproximadamente 1 metro en todos los asentamientos aquí trabajados, con excepción del caso de La Codera, cuyo paramento inicial alcanza los 2 metros. La sucesiva superposición de paramentos en alguno de los casos conformará anchuras superiores a los 4 y 5 metros, siendo el caso de Vilars el más destacado, donde la anchura final de la muralla es de 5,50 metros.

En cuanto a la elevación de los muros, es difícil conocer su altura máxima, aunque se puede estimar que en la mayoría de los casos se situaría en una horquilla entre los 4 y los 6 metros de altura. Estos recrecimientos estarían levantados en adobe sobre una base de piedra que rondaría entre el 0,75 y los 2 metros de altura (Moret 1996, 95).

6.2.2 Torres

Dentro del ámbito de las torres, tenemos que hacer distinción entre bastiones y torres propiamente dichas. La principal diferencia entre estas dos estructuras defensivas radica en que los bastiones no superan en altura a la muralla, suponiendo en muchos casos un ensanchamiento de la misma (Romeo 2005, 195). Por su parte, las torres pueden superar en altura al lienzo defensivo, y están concebidas como una estructura independiente a la muralla, pudiendo estar imbricadas en ella o simplemente adosadas. No obstante, y como ya hemos mencionado con anterioridad, es difícil de constatar la altura final de estas estructuras, por lo que a lo largo de este trabajo hemos hecho un uso indistinto de ambos términos.

Según su planta, podemos diferenciar entre torres *cuadrangulares* y torres *curvilíneas*. Las primeras están caracterizadas por poseer una forma cuadrangular o rectangular, en la que tres de sus cuatro caras se abren al exterior de la muralla. Estas construcciones están consideradas aportaciones mediterráneas orientales (Díes Cusí 2001; Moret 1996; Prados y Blánquez 2007), cuya aparición estaría ligada a la expansión del horizonte colonial fenicio a comienzos de la Primera Edad del Hierro. Dentro de la categoría de torres curvilíneas englobamos las obras de forma semicircular, oval o que carecen de cualquier tipo de esquina. Este tipo de construcciones tienen su origen en el mundo griego, generalizándose su uso en la península ibérica a partir del siglo VI a.n.e. (Moret 1996, 204-209).

En cuanto a las técnicas constructivas de las torres, no suelen diferir de las utilizadas para la elaboración de los lienzos de la muralla, utilizando los mismos materiales y técnicas.

En los asentamientos de Vilars, el Alto de la Cruz, el Cabezo de la Cruz y Las Eretas, las torres documentadas son construcciones adosadas a la muralla, de tipo cuadrangular y estructura maciza. Una excepción la encontramos en el caso de La Codera, donde durante la segunda etapa constructiva del yacimiento se construyen tres nuevas torres. Si bien una de ellas se corresponde con una torre maciza de planta rectangular, ubicada en la parte central de la muralla, en los laterales se levantan dos torres de planta semicircular, con unos 10 metros de diámetro. Aunque no han sido datadas, el hecho de que se edifiquen en un momento posterior a la fundación del yacimiento (finales del siglo VII a.n.e.) hacen factible su construcción durante el período de influencia griega.

Dentro de las torres cuadrangulares encontramos una cierta evolución con el paso del tiempo. Si al principio de la Edad del Hierro la tónica general va a ser la torre de construcción maciza, conforme nos acerquemos al final de esta etapa observamos la aparición de torres huecas. Como ejemplo dentro de este trabajo contamos con el caso de la torre que se levanta en Vilars como refuerzo de la Puerta Norte. Esta construcción, que se levanta a comienzos del siglo V a.n.e., evidencia la sustitución de las torres macizas por otro tipo de estructuras que requieren menos esfuerzos constructivos, y que se generalizarán en época ibérica.

6.2.3 Puertas y Poternas

Una característica de las entradas a los recintos fortificados en épocas pre ibéricas e ibéricas es la estrechez (Moret 1996, 120), condición que reúnen los accesos de los asentamientos del Cabezo de la Cruz y Els Vilars, los únicos documentados. No incluimos en este apartado la posible entrada con “rampa” de La Codera, pues como hemos expresado anteriormente, dudamos de la existencia de este tipo de acceso, que deberá ser constatado arqueológicamente.

Atendiendo al eje de acceso en relación con la línea de la muralla, podemos distinguir entre *puertas frontales* y *puertas “a cubierto”*.

En las puertas frontales, el eje de acceso es perpendicular a la muralla, constituyendo el sistema más habitual y el menos elaborado (Moret 1996, 121y ss). Dentro de este modelo de puertas encontramos diferentes tipologías, en función de las estructuras defensivas asociadas a estas. Así, encontramos las entradas *simples*, constituidas por una simple abertura en el lienzo de la muralla y flanqueada por una o dos torres. Este caso se correspondería con la Puerta Oeste de Vilars, acceso ubicado entre dos torres macizas abierta durante el periodo fundacional del asentamiento y clausurada en la siguiente etapa constructiva. La siguiente tipología dentro de las puertas frontales es la puerta *en tenaza*. Este tipo de puertas está formado por la prolongación de los brazos de la muralla alrededor de la entrada con el objetivo de formar un cuello de botella. Si esta “tenaza” se dispone hacia el interior hablamos de una puerta en tenaza *reentrante*. Dentro del caso arbequí contamos con un ejemplo de este modelo de entrada en la Puerta Este, con dos brazos paralelos extendidos hacia el exterior del asentamiento. En momentos posteriores se ensancharán los paramentos de estos muros a costa del espacio interior de la muralla, unificando las estructuras envolventes para configurar una torre-puerta, en la que la entrada pasa a estar enmarcada dentro de la estructura constructiva de una torre. Las puertas en tenaza no suponen una novedad en la península ibérica, sino que ya se encuentran en asentamientos desde el Calcolítico, como es el caso de los Millares.



Fig. 25. Puerta en tenaza de Los Millares (Berrocal 2004)

Las puertas *a cubierto* están caracterizadas por tener un eje tangencial a la línea de la muralla. Estas puertas, complementadas con estructuras defensivas de flanqueo (torres) tienen como objetivo la creación de una “chicane” (Moret 1996, 122) que obstaculice al atacante a la vez que expone sus flancos. El ejemplo mejor documentado de este tipo de entrada lo encontramos en la monumental Puerta Norte de Vilars, en la que se consigue este efecto a través de la construcción de una torre hueca y un bastión.

A diferencia de la puerta, una poterna no es un acceso ordinario, sino una entrada de pequeñas dimensiones concebida para la salida de pequeños contingentes de defensores durante un asedio, constituyendo un elemento activo en la defensa del asentamiento (Romeo 2005, 206). Este elemento es el que encontramos en el Cabezo de la Cruz, una pequeña apertura ubicada entre dos torres a escasos metros del foso. Para la realización de esta entrada no se ha procedido a la interrupción rectilínea del lienzo murario, sino que se ha construido retranqueada entre dos tramos de la muralla desalineados deliberadamente, con el objetivo de conseguir una entrada en forma oblicua, quedando oculta a simple vista. Este tipo de acceso no es habitual durante la Primera Edad del Hierro (Rodanés y Picazo 2011, 224), encontrando analogías únicamente en el Sur de Francia, como es el caso de Pech Maho, datado en el siglo VI a.n.e. (Beylier y Gaillerdrat 2009, 257).



Fig. 26. Entrada oblicua del asentamiento de Pech Maho (Beylier y Gaillerdrat 2009).

6.2.4 Antemurales y empalizadas

Los antemurales podríamos considerarlos como estructuras defensivas murarias situadas en el exterior del recinto y cuyos objetivos son los de presentar un primer obstáculo a los atacantes al mismo tiempo que sirve de protección visual y física de la entrada. Estas construcciones, también denominadas *proteichisma* (Romeo 2005, 207), pueden estar asociadas al foso, suponiendo una prolongación en altura de la *escarpa* o

contraescarpa, o a la entrada. El único ejemplo de *proteichisma* para el Valle Medio del Ebro durante la Primera Edad del Hierro lo encontramos en la poterna del Cabezo de la Cruz. En ella encontramos un pequeño muro adosado a una de las torres que franquean esta entrada, creando un espacio compartimentado que serviría para colocar una falsa puerta y cubrir así el acceso original (Rodanés y Picazo 2009). El único ejemplo de otra *proteichisma* en un contexto cronológico y geográfico relativamente similar lo encontramos de nuevo en el asentamiento de Pech Maho, situado en el Languedoc francés y datado en el siglo VI a.n.e. En este caso la estructura está asociada a la escarpa del foso, y supone una construcción de mayor entidad que la que encontramos en el caso aragonés.



Fig. 27. *Proteichisma* de Pech Maho (Beylier y Gaillerdrat 2009; añadidos del autor)

Las escarpas, por su parte, suponen la forma más básica dentro de la categoría de los antemurales. Las escarpas son los muros construidos en las paredes del foso más cercanas al asentamiento que defienden, mientras que la pared del lado contrario recibe el nombre de *contraescarpa* (Romeo 2005,199). Sus principales funciones son las de “sujetar” el terreno donde se han abierto estos fosos así como recrecer el talud de los mismos, dando sensación de mayor profundidad. En los dos yacimientos en los que se ha constatado la existencia de un foso defensivo, el Cabezo de la Cruz y Vilars, encontramos la presencia de escarpas. En ambos ejemplos estas construcciones están realizadas en mampostería de piedra trabada con mortero, obras de fácil factura pero que requieren de continuas reparaciones debido a su fragilidad, como se evidencia en los casos documentados. Mientras que en el caso del Cabezo de la Cruz la escarpa presenta una estructura simple, en Vilars nos encontramos con una falsa escarpa escalonada (Junyent *et alii* 2009, 323), que potencia la sujeción del terreno y da la sensación de una mayor anchura y profundidad del pozo.

En cuanto a las *contraescarpas*, la gran diferencia la encontramos en su composición. Para el Cabezo de la Cruz contamos con un recrecimiento del talud del

foso realizado a través de la acumulación intencionada de arcillas, sobre el cual se levantaría una posible línea de estacas de madera o empalizada, como se deduce del hallazgo de varios agujeros de poste. En Vilars por el contrario nos encontramos con una construcción levantada íntegramente en piedra, a imitación de la escarpa, dando un aspecto homogéneo al conjunto. Debido a la actividad antrópica no se ha conservado la parte superior de la estructura, por lo que no es posible conocer si sobre esta o frente a ella se ubicarían otro tipo de defensas adelantadas, tales como empalizadas.



Fig. 28. Detalle de la escarpa escalonada desde el fondo del foso. En segundo plano, la Puerta Este.

6.2.5 Fosos

Los fosos, en su concepción más simple, suponen la excavación de una zanja defensiva que sirva como obstáculo para los atacantes a la hora de aproximarse a la muralla, obligándolos a concentrarse por el único lugar de acceso al recinto. Los fosos son elementos presentes en la península desde el Calcolítico, con una mayor incidencia en el Valle del Ebro, donde proliferan a partir del Bronce Final (Rodanés, Picazo y Peña 2011, 217). Los asentamientos que presentan con mayor frecuencia este tipo de elementos defensivos suelen ser aquellos situados en llanuras o en elevaciones de baja altura, ya que por regla general los emplazamientos en altura presentan un suelo más rocoso, haciendo difícil y costosa la excavación de este tipo de sistemas (Moret 1996, 125).

Según el interior de estos, se puede hacer distinción entre fosos *secos* y fosos *inundados*. Estos últimos poseen la cualidad de estar permanentemente inundados, configurando una barrera de agua impenetrable ante cualquier tipo de ataque, tanto superficial como subterráneo. Esto no quita para que los fosos secos acumulen en

determinadas ocasiones con ciertas cantidades de agua, fruto de la acumulación del agua de lluvia o de la evacuación de residuos del propio asentamiento. Simplemente, no fueron ideados para contener en su interior un flujo constante de agua.

Atendiendo a su recorrido, podemos diferenciar entre *fosos perimetrales basales* y *fosos de barrera*. Sus características definitorias son similares a las utilizadas para las murallas, resultando el primer modelo en fosos que acompañan al lienzo murario durante todo su recorrido y el segundo aquellos que se ubican únicamente en la parte más expuesta del asentamiento. En los dos casos documentados y recogidos en este trabajo los fosos son de tipo perimetral basal, tanto en el Cabezo de la Cruz como en Vilars.

El foso defensivo del Cabezo de la Cruz está caracterizado por su relativa escasa profundidad (60 cm) y anchura (4 metros). Sin embargo, lo que llama la atención de este elemento es la perfecta horizontalidad que presenta en el fondo a lo largo de sus 62 metros de recorrido, sólo interrumpido por una intrusión efectuada en épocas posteriores. El único desnivel presente es debido a la existencia de una cisterna rectangular ubicada a la salida de la poterna y que serviría como depósito de captación de aguas (Rodanés, Picazo y Peña 2011, 215). Este hecho pone en evidencia un hecho poco estudiado hasta el momento: la utilización de herramientas de medición precisas, con toda seguridad importaciones del mundo mediterráneo.

Por el contrario el foso de Vilars destaca por su gran anchura, que oscila entre los 19 y los 25 metros dependiendo del tramo (Junyent *et alii* 2009, 322), lo que supuso un gran esfuerzo colectivo. A diferencia del resto de fosos del Nordeste Peninsular, posee la característica principal de ser un foso inundado, lo que por el momento le hace único en su categoría, ya que no se ha constatado ningún otro foso de esta tipología para cronologías tan elevadas.

6.2.6 Campos de piedras hincadas

Comúnmente mal llamados “campos frisios”. A nivel técnico, el término de “campo frisio” hace referencia a una superficie determinada en la que se han hincado una serie de vigas o estacas de madera cuyo objetivo es el de empalar a las fuerzas de caballería enemigas (Romeo 2005, 196). En este sentido, creemos más adecuado la utilización del término “campo de piedras hincadas” para la definición de las superficies en la que aparecen estos elementos pétreos, y cuya finalidad última es la de ralentizar al atacante en su aproximación hacia la muralla (Ruiz Zapatero 2003,18).

El único yacimiento que posee este tipo de sistema defensivo durante la Primera Edad del Hierro es el caso de Vilars d’Arbeca, cuya construcción está fechada en el siglo VIII a.n.e. Todos los casos de este tipo de defensas en territorios relativamente cercanos los encontramos en Pech Maho (Languedoc francés) y en el interior de la península, dentro de la cultura de los castros sorianos (Moret 1996, 130). En ambos casos, el horizonte cronológico en que se ubican pertenece a la transición hacia la Segunda Edad del Hierro, por lo que el caso de Vilars supone el ejemplo más antiguo constatado hasta la fecha de defensas de este tipo en el ámbito peninsular.

La filiación cultural de los campos de piedras hincadas ha sido y es motivo de controversia. Desde los años 70 dominaba la teoría de un origen centroeuropeo, según la

cual desde las llanuras hallstáticas se habrían ido extendiendo por todo el occidente europeo, llegando a la Meseta a finales de la Primera Edad del Hierro (Moret 1996, 226). Sin embargo, la datación de estos conjuntos ha puesto de manifiesto el hecho de que todos los sistemas de este tipo presentan una cronología de finales del siglo VI y comienzos del siglo V a.n.e., situándolos en los inicios de la Segunda Edad del Hierro. Esto hace que el conjunto de Vilars, fechado en el siglo VIII a partir de dataciones absolutas indirectas, sea el más antiguo hasta el momento, lo que supone un obstáculo a la hora de relacionar el origen de los campos de piedras hincadas con las áreas meseteñas y europeas, de cronologías más tardías (Alonso *et alii* 2003, 266). Quizás teniendo en cuenta estos datos habría que situar el origen de los campos de piedras hincadas en el Noreste Peninsular, en el contexto de aparición de sistemas defensivos complejos a lo largo de la Cuenca Media del Ebro. No obstante, y teniendo en cuenta el desigual registro arqueológico en las diferentes áreas y territorios europeos y peninsulares, tal vez sería prudente esperar hasta ver completada esta información.

7. LOS SISTEMAS DEFENSIVOS Y LA COMPLEJIDAD SOCIAL

7.1 Jerarquización y estructura social

A pesar de que a lo largo del Bronce Final se observa una aparente igualdad social, a finales de este período se van a ir sucediendo una serie de transformaciones sociales y económicas que modifican la estructura de estas comunidades del Valle Medio del Ebro. La progresiva aparición de metales amortizados en ajuares funerarios y el desarrollo de construcciones funerarias que requieren un mayor esfuerzo constructivo y energético se viene considerando como un indicador del acaparamiento de prestigio y poder por parte de ciertos grupos familiares, pero sobre todo de individuos concretos (López Cachero 2007,111). Este incremento de las desigualdades sociales no es algo exclusivo del noreste peninsular, sino que es una tendencia general presente en las sociedades europeas a lo largo del primer milenio antes de nuestra era (Collis 1989, 24).

Estos cambios podrían haber estado potenciados por el contacto con las gentes del Mediterráneo Oriental, las cuales se asientan en la península a comienzos del primer milenio antes de nuestra era. No obstante la aparición de algunos elementos asociados con este horizonte en asentamientos indígenas del Bronce Final parece indicar la existencia de una fase “precolonial”, cuyo origen estaría en los inicios de la expansión colonial fenicia hacia Occidente (Almagro 1990, 636).

Uno de los objetos que nos permiten conocer la existencia de este horizonte pre-colonial es la estela de Luna, hallada en la comarca de las Cinco Villas. En esta encontramos la representación de un escudo con escotadura en “V”, así como una lira o *phormix*, ambos de procedencia oriental. A partir de la comparación tipológica con las numerosas estelas halladas en Extremadura podemos atribuir este escudo al denominado “tipo B”, lo que lo relaciona con otros yacimientos del Sureste francés como Buoux y Substantion y confirma su dispersión a lo largo del arco Mediterráneo. La cronología dada para este tipo de escudos se ubica en una horquilla temporal que comienza a finales del siglo X a.n.e. y terminaría en torno al 750/700 a.n.e., momento en que los escudos comienzan a representarse sin escotaduras (Almagro 1992,639). Su origen estaría en el ámbito fenicio oriental, donde fruto de la actividad comercial comenzaría su difusión por Grecia y Creta, llegando a la Península Ibérica para el siglo IX a.n.e. El instrumento musical que aparece representado presenta algunas dudas en cuanto su filiación cultural. Para autores como Bendala (Bendal 1983) se correspondería con una *phormix*, perteneciente al período geométrico de tradición micénica y datable en el siglo VIII a.n.e. Pero el hecho de que aparezca asociado a este escudo de tipo B lo pone, en opinión de Almagro (Almagro 1992) en relación con una cronología ligeramente anterior y vinculada al ámbito colonial sirio-fenicio. Su parecido con paralelos del ámbito griego se explicaría así por medio de los influjos orientales que se asocian en este momento para la formación del período geométrico micénico.

Estos objetos, además de evidenciar la existencia de contactos mediterráneos en el Valle Medio del Ebro desde el Bronce Final, documentan la existencia de unas élites sociales que se beneficiarían del contacto con los agentes mediterráneos. El escudo, más que un cambio en la concepción de la guerra, debe ser interpretado como un elemento de prestigio, que a su vez convierte al portador en un símbolo de su propio status. Por otra

parte, la aparición de un instrumento musical de este tipo hay que relacionarlo estrechamente con la asimilación por parte de estas élites de nuevas actividades sociales de origen oriental, concretamente el banquete. Esta ceremonia está atestiguada en el Bajo Aragón gracias a hallazgos como el trípode de la Clota, de influencia chipriota pero manufactura peninsular, datada entre los siglos X y VIII a.n.e. (Rafael 2010,51). Este tipo de ceremonias, junto con la exhibición de armas y equipo bélico, permitirían a estas aristocracias demostrar y reforzar su poder frente al resto de la comunidad (Almagro 1992, 654-655).



Fig. 29. Estela de Luna (Web del Museo de Zaragoza). Dibujo del trípode hallado en la sepultura 1 de la Clota (Rafael 2010).

No obstante y debido a la parquedad del registro arqueológico, es difícil constatar arqueológicamente en qué grado influyen estos contactos en el fenómeno de estratificación social de las sociedades indígenas en determinadas áreas del Valle Medio del Ebro a finales del Bronce Final. Este proceso, que no es homogéneo y que aparece en zonas muy concretas del interior del noreste peninsular, supone una evolución desde una integración social de tipo “tribu”, caracterizada por una organización igualitaria basada en el linaje y herencia de épocas anteriores, a una sociedad de jefatura. En estas la organización parte de un sistema jerárquico piramidal basado en el linaje, donde a diferencia de la anterior, el *status* del individuo es heredado y el poder está basado en su autoridad (Collis 1984, 23).

Esta autoridad vendría reforzada, además de por la acumulación de bienes de prestigio, por la erección de complejos sistemas defensivos que, como hemos visto a lo largo de este trabajo, aparecen en el Valle Medio del Ebro a comienzos del siglo VIII a.n.e. Su construcción supone la inversión deliberada por parte de una comunidad de gran cantidad de recursos y energía, cuya organización y control supone la forma más clara de poder sobre la misma (Berrocal 2004, 30). Entendemos que la construcción de estas estructuras defensivas no puede llevarse a cabo sin una organización previa de las materias primas y el capital humano que van a ser requeridos a lo largo de la obra. Así, y como hemos comentado en anteriores ocasiones, si bien la idea/concepto de los

sistemas defensivos pudo ser de origen oriental, esta organización correría a cargo de individuos de la propia comunidad, quienes serían los encargados de supervisar la construcción de la obra y quienes, llegado el momento, considerarían oportuno efectuar labores de mantenimiento y/o la ampliación del conjunto defensivo. Para el caso del mantenimiento contamos con el ejemplo del foso defensivo del Cabezo de la Cruz, en cuya secuencia estratigráfica podemos comprobar que tras cada fase de abandono, se produce una nueva ocupación, con el consiguiente vaciado del foso. Por su parte, el muro que constituye la escarpa también fue fruto de numerosas reparaciones (Rodanés y Picazo 2009, 264). Para las ampliaciones del sistema defensivo contamos con los asentamientos de La Codera y de Vilars d'Arbeca. En ambos, las remodelaciones que se llevan a cabo en las diferentes etapas constructivas denotan una progresiva tendencia a la monumentalidad, que alcanza su cénit a partir del siglo VI a.n.e., con la construcción de la Puerta Norte en la fortaleza arbequí.

El componente bélico que acompaña al surgimiento de estas sociedades va a ir acentuándose a lo largo del tiempo, con la amortización cada vez mayor de espadas, puntas de lanza y complementos de defensa en ajuares funerarios, lo que se traduce en la aparición de las denominadas “tumbas de guerrero” (López Cachero 2007,115). Ejemplo de ello son la coraza y los soportes rituales de Les Ferreres (Calaceite, Teruel), pertenecientes a una sepultura de este tipo datada en el siglo VI a.n.e. y de clara procedencia oriental. Además de estos objetos, el resto del ajuar estaba compuesto por un posible cazo vertical (*simpulum*), dos espadas de hierro y unas grebas (Armada y Rovira 2011, 26), lo que hace que esta sepultura se atribuya a un guerrero de elevada posición social, cuyos elementos de prestigio están relacionados, de nuevo, con la guerra y el banquete.



Fig. 30. Soporte y coraza de Les Ferreres (Armada y Rovira 2011).

De este modo vemos como a finales del Bronce Final aparecen los primeros indicios de la creación de una sociedad jerarquizada en la que ciertos individuos utilizarán la acumulación de objetos de procedencia oriental como indicadores de su *status*. Estas aristocracias emergentes harán del monopolio del comercio de bienes de prestigio y del componente bélico el fundamento y la base de su autoridad y preeminencia sobre el resto de la comunidad. En este contexto, durante la Primera Edad del Hierro la erección de sistemas defensivos complejos supone, además de la evidente función defensiva encuadrada dentro de una situación de constante belicosidad, la demostración de poder y *status* de las élites gobernantes al mismo tiempo que supone un reflejo del mismo frente a las comunidades vecinas. Este proceso se irá acentuando con el tiempo dando lugar a la formación de las sociedades proto-estatales ibéricas a comienzos del siglo V a.n.e.

7.2 La muralla como reflejo de la territorialidad.

La cuestión de los territorios políticos prehistóricos y sus fronteras es objeto de debate en España desde las últimas décadas. Por un lado, hemos de tener en cuenta a la hora de abordar este tipo de investigaciones que el único vehículo para el conocimiento de la formación de entidades territoriales en este período es la arqueología de campo. Esto implica que la elaboración de modelos sobre el control territorial son en un principio hipótesis, cuya validación es, en la mayoría de casos, imposible (Moret 1996, 278-279). Sin embargo la presencia o ausencia de asentamientos fortificados, el estudio de los diferentes patrones de poblamiento, su distribución y la constatación de sociedades con un determinado grado de complejidad social permiten acercarnos un poco más al proceso de control y vertebración del territorio que parece producirse en determinadas zonas del Valle Medio del Ebro a comienzos de la Primera Edad del Hierro.

Frente a etapas anteriores de la Edad del Bronce, donde los poblados se ubican en cerros elevados y alejados de los cauces principales, a finales del Bronce Final- inicios de la Primera Edad del Hierro el patrón de asentamiento cambia y se produce la ocupación y colonización de los espacios próximos a los ríos. Este proceso sería consecuencia de un cambio en las estrategias económicas de las comunidades prehistóricas, cuyo desarrollo tecnológico va a permitir la explotación de las tierras de cultivo situadas en las terrazas fluviales del fondo de los valles, difíciles de explotar y que necesitan gran inversión de infraestructura y mantenimiento, pero con un gran potencial productivo (Picazo 2015, 113). En este sentido debemos encuadrar la aparición de la agricultura especializada, quizás incluso del regadío (Picazo 2005,113) y de una concentración de la cabaña ganadera, adquiriendo el resto de productos a través del comercio, favorecido por la ubicación de los asentamientos en las principales vías de comunicación del momento, como son los cauces de los ríos. Es en estos entornos, con una mayor diversidad topográfica y ambiental que el interior, donde las jefaturas surgen con mayor facilidad (Collis 1989, 26).

Un aspecto que llama la atención durante la ocupación de estos territorios es la distribución casi regular en el espacio de los principales asentamientos, entre los que parece distinguirse una creciente diferenciación funcional y jerárquica, observable en las asimetrías en el tamaño y la trama urbanística (Alonso *et alii* 1998, 367), lo que se correspondería con un proceso de ordenación territorial. Este fenómeno está reconocido

sin lugar a dudas en la Europa Templada representado en los *oppida* hallstáticos, lugares centrales únicos fuertemente amurallados y con grandes concentraciones de población que ejercen el control sobre pequeños asentamientos mineros y granjas ubicados en los alrededores. En este sentido, asentamientos como el Cabezo de la Cruz, Vilars d'Arbeca o La Codera se corresponderían con los núcleos principales de este proceso de jerarquización del territorio. En éste último caso, se ha constatado la presencia de un asentamiento de menor tamaño a los pies de la ladera donde se ubica el yacimiento principal, con idéntica cronología. A falta de una excavación exhaustiva del terreno, este pequeño poblado podría interpretarse como una pequeña granja o explotación agrícola, dada su cercanía al cauce del río, que proveería de los recursos necesarios al asentamiento principal. Probablemente la construcción de los sistemas defensivos complejos como los que estamos viendo es la principal inversión de la comunidad (o de las élites que la dirigen) y del territorio en el que se integran y que controlan. La transferencia de recursos y su inversión en infraestructuras defensivas ligadas a estos emplazamientos apuntan a su carácter “central” o, al menos, como vértices superiores en la estructura jerárquica respecto al resto del territorio.

El papel que juegan los sistemas defensivos en este proceso de jerarquización territorial es doble. Su primera función es dar protección a la comunidad, los excedentes agrícolas y a las actividades productivas que se desarrollan en su interior, creando un recinto cerrado que permite controlar la entrada y salida al asentamiento. Con anterioridad estas funciones eran suplidas con la edificación del poblado en una zona del terreno más elevada. Al mismo tiempo, a la función defensiva se le añade una dimensión simbólica. La fortificación del poblamiento supone el reflejo de la consolidación y el éxito de la ocupación y explotación estable del territorio (Berrocal 2004,30), sirviendo como elemento de ostentación y prestigio frente a las comunidades que lo habitan, a la vez que sirve como elemento disuasorio ante posibles ataques de comunidades rivales.

Pero tampoco podemos perder de vista que estos asentamientos destacados se distribuyen de forma relativamente regular en el territorio objeto de estudio, sin que se reconozca un centro principal que jerarquice o domine al resto. Por ello podemos suponer que ejercieron una cierta centralidad a escala local, pero la estructura general del poblamiento recuerda más bien a un modelo de tipo heterárquico (Sanmartí 2010, 103), en el que predomina la emulación y la competición entre los diferentes centros que tratan de imponer su dominio (Sardá *et al.*, 2010, 84). En este sentido se explica el continuo conflicto que parece imponerse durante la Primera Edad del Hierro y justifica que se refuercen no solo los aspectos defensivos de los asentamientos sino también su monumentalidad y carácter simbólico de los mismos.

7.3 El carácter simbólico y la monumentalidad.

Desde un punto de vista analítico, está claro que la principal función de los recintos fortificados es la defensa de los núcleos de población a los que están ligados. Pero en los últimos años, el estudio de las fortificaciones desde enfoques no militares ha permitido destacar el valor simbólico de muchas de estas estructuras, aunque en ocasiones se haya exagerado y antepuesto a las funciones defensivas (Moret 1996, 285). Tanto en la Antigüedad como en la Edad Media e incluso en época moderna, el sistema defensivo era el primer espectáculo que ofrecía la ciudad al visitante, y con el que por

regla general se le identificaba, como reflejan los hallazgos numismáticos y las heráldicas medievales. En las sociedades jerarquizadas, la arquitectura es un símbolo de poder, un instrumento de coerción ideológica y el medio a través del cual las élites aristocráticas exhiben su estatus, al igual que lo hace a través de armas y objetos suntuarios y emblemáticos o de los rituales funerarios (Alonso *et alii* 1998, 369). En estas circunstancias, es viable atribuirle a estas estructuras un valor simbólico como representación de la comunidad que los habita. Sin embargo es muy difícil constatar, en su construcción u ornamentación, esta intención, ya que cualquier tipo de representación simbólica (en el caso de que las hubiera) se ubicaría en los recercamientos de las murallas o en los marcos de las puertas de acceso, elementos que no se han conservado.

El único rasgo reconocible de este carácter simbólico es la monumentalidad de los propios sistemas defensivos, ejemplificada en el caso de Vilars, aunque no exenta del resto de asentamientos incorporados en este trabajo. En este yacimiento, el sistema defensivo ocupa más del 80% de la superficie del poblado. Las murallas, en su última etapa, tienen un grosor de 5 metros, con una altura similar, lo que las hace prácticamente infranqueables. Las puertas, como hemos visto, están fuertemente protegidas al estar ubicadas entre torres, convirtiéndose en las zonas más inatacables del recinto (Junyent *et alii* 2009, 326).

En la puerta norte, la construcción del bastión y de una nueva torre haría imposible un asalto organizado, debido a la creación de un angosto corredor donde los atacantes tendrían que entrar en fila de a uno mientras desde lo alto de las murallas los defensores arrojarían toda clase de objetos.



Fig. 30. Reconstrucción de Vilars con la rampa de acceso. En blanco, hipotéticas construcciones asociadas a la misma. (Catálogo Digital del Museo de Lérida, 2016)

Esta “sobredimensión” del sistema defensivo, y sobre todo de la entrada, se hace más evidente si tenemos en cuenta que entre los pueblos prerromanos peninsulares no

existían estrategias bélicas como tales ni maquinaria de asedio, siendo el asalto repentino la manera más recurrente de asaltar una plaza. (Quesada 2001, 152-153). Sin embargo, la presencia de sistemas defensivos complejos con fosos, empalizadas, campos frisios, etcétera, no es compatible, en nuestra opinión, con el ideal de “contienda heroica” que se atribuye a este tipo de sociedades (Berrocal 2004, 60).

Frente a autores como Moret (1996), que defienden una limitada monumentalidad de los asentamientos fortificados para época pre-ibérica e ibérica, nos encontramos con la monumentalidad de la Puerta Norte. Esta complejidad arquitectónica respondería al doble objetivo de garantizar la defensa del asentamiento al mismo tiempo que supone una exhibición intencionada y desmesurada de poder (Junyent *et alii* 2009, 326). Como hemos visto, las entradas a los asentamientos son pequeñas y estrechas, por lo que la monumentalización de las mismas supondría mermar su capacidad defensiva. Así, mientras en otros casos esta exhibición de poder recaería en las torres ó bastiones adosados a las murallas, en el caso arbequí esta recae en la rampa de acceso, poniendo en funcionamiento una compleja escenografía en la que foso inundado, rampa y puerta suponen la máxima exhibición de las élites dominantes de una comunidad nunca antes vista en el Valle Medio del Ebro.

8. CONCLUSIONES

A lo largo de este trabajo hemos repetido en numerosas ocasiones que el noreste peninsular es un espacio heterogéneo, con una amplia regionalización territorial cuyas raíces hay que buscarlas en el sustrato indígena de épocas anteriores, que se remontarían en algunos casos hasta el Neolítico. Sin embargo, una serie de cambios socio culturales provenientes del exterior de la península van a hacer aparición en las últimas etapas del Bronce Final, alterando el estilo de vida de estas comunidades y configurando el desarrollo de nuevas identidades socioculturales.

El primero de estos cambios es la irrupción a través de los Pirineos de la conocida como “Cultura de Campos de Urnas”, que supone la introducción del ritual incinerador, así como la incorporación de nuevos materiales como las cerámicas acanaladas y determinados elementos metálicos. A pesar de las dificultades observadas para dotar de una cronología precisa a este fenómeno, podemos ubicarlo en algún momento a partir del siglo XI a.n.e., aunque su implantación definitiva varía en función del territorio, lo que evidencia la existencia de diferentes zonas y dinámicas sociales. Es en este contexto cuando se puede empezar a constatar la aparición de las primeras desigualdades dentro de estas comunidades, reflejadas en las necrópolis y los asentamientos asociados a este contexto. En las necrópolis observamos la amortización de elementos metálicos en ajuares funerarios, mientras que en los asentamientos comienzan a aparecer viviendas con una configuración espacial distinta, ligeramente más grandes, y que parecen estar ligadas a individuos relacionados con el mundo de la metalurgia. Algunos autores (López Cachero 1999) sitúan el origen de los poblados fortificados en estos cambios producidos por la llegada de los Campos de Urnas, ejemplificados en el desarrollo de los poblados de calle central. En nuestra opinión, este tipo de asentamientos poseen unas estructuras sencillas que, de alguna forma, pueden ser asumidas y ejecutadas por y para la propia comunidad.

El segundo de estos cambios, y en el que hemos hecho hincapié con más frecuencia a lo largo de estas líneas, es la aparición del comercio vinculado al ámbito mediterráneo, en especial con la zona chipro-fenicia. Estos contactos, asumidos sin problemas para el siglo VII a.n.e. e incluso para el siglo VIII a.n.e., se remontan, como hemos visto, hasta las últimas etapas del Bronce Final, revelando la existencia de un horizonte pre colonial anterior a la expansión fenicia por el litoral peninsular. Los objetos documentados (armas y elementos de banquete ritual) están asociados a una economía de bienes de prestigio, que evidencian la existencia de élites locales que se sirven de este tipo de elementos como demostración de poder y *status* frente al resto de la comunidad. Esta dinámica se irá acentuando conforme nos adentremos en la Primera Edad del Hierro.

En este contexto pre colonial del Valle Medio del Ebro se va a producir a partir del siglo VIII a.n.e. la aparición de los primeros asentamientos dotados de sistemas defensivos complejos, cuya construcción está estrechamente ligada a este proceso de jerarquización social. Estos asentamientos, a pesar de su dispersión geográfica, comparten una serie de rasgos comunes a la hora de levantar sus defensas, como son la presencia de torres cuadrangulares repartidas a intervalos regulares a lo largo del lienzo de la muralla, la construcción de empalizadas o antemurales y la excavación de fosos defensivos.

Como hemos visto, algunos elementos, como las murallas o los fosos defensivos, sí que tienen precedentes dentro del contexto del Valle del Ebro, mientras que otros no habían hecho acto de presencia en el Noreste Peninsular hasta la fecha. Sin embargo, la integración de todos ellos en sistemas defensivos sofisticados y complejos supone un rasgo completamente novedoso que solo se explica en el marco de esas influencias orientales, fenicias primero y griegas poco después.

La existencia de asentamientos fortificados y el cambio en los patrones de poblamiento reflejan un proceso de jerarquización territorial, mediante el cual estas estructuras van a adquirir una diversidad funcional que va más allá del carácter defensivo. Este control territorial tendría un alcance local, en la que los principales asentamientos (aquellos dotados de sistemas defensivos) y las élites que los dirigen, desarrollan un proceso de emulación y competencia que justifica la expansión de estos sistemas de defensa complejos y sofisticados, su monumentalidad y la constante conflictividad registrada en forma de sucesivas destrucciones y reconstrucciones en esos asentamientos de la Primera Edad del Hierro.

Pese a la heterogeneidad ya comentada, podemos observar a comienzos de la Primera Edad del Hierro la aparición de ciertos patrones comunes, vinculados a un aumento de la complejidad social. Estas élites locales harán del monopolio del comercio de bienes de prestigio y del componente bélico el fundamento y la base de su autoridad. En este contexto, la erección de sistemas defensivos complejos supone la máxima demostración de poder y *status* por parte de estas aristocracias emergentes sobre el resto de la sociedad y las comunidades vecinas. Por lo tanto, consideramos que la aparición de sistemas defensivos complejos en el Valle Medio del Ebro, puede ser un buen indicador de la transición sociocultural que tuvo lugar en las últimas etapas del Bronce Final y los inicios de la Primera Edad del Hierro. Este proceso de jerarquización social se irá acentuando paulatinamente con el tiempo, dando lugar, no sin episodios de crisis de por medio, a la formación de las sociedades proto-estatales ibéricas y la proliferación de los *oppida* ibéricos a comienzos del siglo V a.n.e.

BIBLIOGRAFÍA

ALONSO, N., JUNYENT, E., LAFUENTE, A. y LÓPEZ, J. B. (1998). “Poder, símbolo y territorio: el caso de la Fortaleza de Arbeca.” En *Actas del Congreso Internacional Los Iberos, Príncipes de Occidente. Estructuras de poder y sociedad ibérica*. Fundación la Caixa. Barcelona: 355-372.

ALONSO, N., JUNYENT, E., LAFUENTE, A. y LÓPEZ, J. B. (coords.) (2003). “El campo frisio y la fortaleza de els Vilars d’Arbeca” en *Chevaux-de-frise i fortificació en la primera edat del ferro europea*, Universitat de Lleida. Lleida. 233-274.

ARANDA-CONTAMINA, P. y RODANÉS, J.M. (2017) “Las investigaciones sobre el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en Aragón. Una revisión crítica.” En AYARZAGÜENA, M., MORA, G. y SALAS, J., *150 años de Historia de la Arqueología: Teoría y método de una disciplina*. Memorias de la Sociedad Española de Historia de la Arqueología III. 263-282.

ARMADA, X.L. y ROVIRA, S. (2011), “El soporte de Les Ferreres de Calaceite (Teruel): una revisión desde su tecnología y contexto”, *Archivo Español de Arqueología*, 84, 9-41.

ARMENDÁRIZ, J. (1995-1996), “Poblado de las Eretas (Berbizana): Campañas de 1994,1995 y 1996”. *Trabajos de Arqueología Navarra*, 12. 298-303.

ARMENDÁRIZ, J. (1998), “Las Eretas. Arquitectura doméstica y defensiva de un poblado del Hierro Antiguo en el Alto Ebro”, *Revista de Arqueología*, 210, 29-37.

ARMENDÁRIZ, J. (2015), “El Paisaje Fortificado de la Edad de Hierro en Navarra”, *Castillos de España* 175-176, 177, 178. Madrid.

BELTRÁN MARTÍNEZ, A. (1984), “Las casas del poblado de la I Edad del Hierro del Cabezo de Monleón”. *Boletín Museo de Zaragoza* 3.1984. Zaragoza.

BERROCAL, L. y MORET, P. (2007), “Las fortificaciones protohistóricas de la Hispania Céltica. Cuestiones a debate”, en Berrocal, L. y Moret, P. *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo*. Real Academia de la Historia y Casa de Velázquez. Madrid, 15-33.

BERROCAL, L. (2004), “La defensa de la comunidad sobre las funciones emblemáticas de las murallas protohistóricas en la Península Ibérica”, *Gladius*, XXIV, 27-98.

BEYLIER, A. (2011), “Les fossés défensifs en Gaule méditerranéenne protohistorique (IX^e-II^e s. av.n.ère): formes et fonctions”, *Revista d’ Arqueologia de Ponent*, 21. 253-274.

BEYLIER, A., y GAILLEDROT, E., 2009, “Traditions indigènes et innovations dans les fortifications de l’aire languedocienne à l’âge du Fer : l’exemple de Pech Maho

(Sigean, Aude) et du Cayla de Mailhac (Aude) “, *Revista d' Arqueologia de Ponent*, 19, 251-270.

BURILLO, F. y FANLO, J. (1979), “El yacimiento del Cabezo de La Cruz (La Muela, Zaragoza)”, *Caesaraugusta*, 47-48, 39-95.

BURILLO, F. y PICAZO, J.V. (1986), *El poblado del bronce Medio de la Hoya Quemada (Mora de Rubielos, Teruel)*. S.A.E.T. Teruel.

BURILLO, F. y PICAZO, J.V. (1992-1993), “Contribución al origen del poblamiento con estructuras estables en el Valle Medio del Ebro”, *Bajo Aragón Prehistoria*, IX-X, 203-214.

BURILLO, F. y PICAZO, J.V. (1994), “L'urbanisme protohistòric a la Vall Mitjana de l'Ebre” *Cota Zero*, 10, 102-113.

BURILLO, F y PICAZO J.V. (1997), “El sistema ibérico turolense durante el segundo milenio A.C. *Sagvntvm* 30. 29-58.

COLLIS, J. (1989), *La Edad del Hierro en Europa*, Labor, Barcelona.

DÍES CUSÍ, E. (2001): “La influencia de la arquitectura fenicia en las arquitecturas indígenas de la Península Ibérica (S. VIII-VII)”, en Ruiz Mata y Celestino Pérez (eds.), *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Centro de Estudios del Próximo Oriente-CSIC, 69-122.

GONZÁEZ PRATS, A. y RUIZ SEGURA, E., 2000, “El yacimiento fenicio de La Fonteta (Guardamar del Segura. Alicante. Comunidad Valenciana”, *Real Academia de Cultura Valenciana*, Valencia.

JUNYENT, E. y MORA, A. (2011): “Els fossats de la fortalesa dels Villars d'Arbeca (Catalunya, Espanya)”, *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 21, 93-120.

JUNYENT, E., LÓPEZ J.B., MOYA, A. y TARTERA, E. (2009) “L'accés fortificat i les portes en el sistema defensiu de la fortalesa dels Vilars (Arbeca, les Garrigues)” *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 19. 307-334.

LÓPEZ CACHERO, J. (2006), *Aproximació a la societat durant el bronze final i la primera edat del ferro: el cas de la necròpolis de Can Piteu-Can Roqueta (Sabadell, Vallès Occidental, Barcelona)*. Societat Catalana d'Arqueologia. Barcelona.

LÓPEZ CACHERO, J. (2007), “Sociedad y economía durante el Bronce final y la Primera edad del Hierro en el noreste peninsular: una aproximación a partir de las evidencias arqueológicas”, *Trabajos de Prehistoria*, 64.1, 99-120.

MAYA, J.NL., CUESTA, F. Y LÓPEZ CACHERO, J. (1998), *Genó: Un poblado del Bronce Final en el Bajo Segre (Lleida)*. Publicacions Universitat de Barcelona, Barcelona.

- MONTANERO, D. y ASENSIO, D. (2009): “Puertas fortificadas del Mediterráneo: orígenes y evolución”. *Revista d’Aqueologia de Ponent*, 19, 177-204.
- MONTÓN, F. (2004). “El poblado de La Codera. Aproximación al urbanismo de la I Edad del Hierro.” *Espacio, Tiempo y Forma*, UNED. 373-389.
- MONTÓN, F. (2015). “Edad del Hierro en el Valle del Cinca. La Codera” en *Actas del Congreso de Arqueología y Patrimonio Aragonés I*, Colegio Oficial de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias de Aragón, Zaragoza. 103-110.
- MORET, P. (1996), *Les Fortifications Ibériques de la fin de l’âge du Bronze à la conquête romaine*, Casa de Velázquez, 56, Madrid.
- MUNILLA, G. GRACIA, F. y GARCÍA, E., (1994-1996) “La secuencia cronoestratigráfica del Alto de la Cruz (Cortes de Navarra) como base para el estudio de la transición Bronce Final-Hierro en el Valle Medio del Ebro”, *Gala* 3-5. 153-170.
- PELLICER CATALÁN, M (1987) “Orígenes del urbanismo y de las necrópolis tumulares de incineración del Valle medio del Ebro” *Archivo de prehistoria levantina* 17, 157-175.
- PÉREZ LAMBÁN, F., PICAZO, J.V. y FANLO, J., (2017) “La Edad del Bronce en el valle del río Huerva. Los yacimientos de Los Collados (Jaulín) y Collado de la Abeja (Muel) en *Actas del Congreso de Arqueología y Patrimonio Aragonés II*, Colegio Oficial de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias de Aragón, Zaragoza. Póster.
- PICAZO, J.V. (2005): «El poblamiento en el Valle Medio del Ebro durante la Prehistoria reciente: zonas y procesos», *Revista d’Arqueologia de Ponent*, 15, 97-117.
- PICAZO, J.V. y RODANÉS, J.M^a. (2009), *Los poblados del Bronce Final y la Primera Edad del Hierro del Cabezo de la Cruz (La Muela, Zaragoza)* Gobierno de Aragón, Zaragoza.
- PRADOS, F. y BLÁNQUEZ, J.J. (2007): “Las fortificaciones coloniales de la Península Ibérica: de los modelos orientales a los sistemas púnico-helenísticos”, en BERROCAL, L. y MORET, P., *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo*, Real Academia de la Historia y Casa Velásquez. Madrid, 57-74.
- QUESADA SANZ, F., (2001): “En torno al análisis táctico de las fortificaciones ibéricas. Algunos puntos de vista alternativos.”, *Gladius*, XXI: 145-154.
- RAFEL, N., MONTERO, I., ROVIRA, M.C., HUNT M.A. (2010) ”Sobre el origen y la cronología del trípode de varillas de la Clota (Calaceite, Teruel): Nuevos datos arqueométricos” *Archivo Español de Arqueología* 83, 47-65.

RODANÉS, J.M. y PICAZO, J.V. (2018): “Interaction and Interchange. The Genesis of the Late Bronze and Early Iron Age in the Middle Ebro Valley”, en CRUZ y GUIBAJA, *Interchange in Pre- and Protohistory, Case Studies in Iberia, Romania, Turkey and Israel*, BAR S2891, BAR Publishing, Oxford, 161-175.

RODANÉS, J.M. y PICAZO, J.V. (2002), “Bronce Final y Primera Edad del Hierro en Aragón”. *Caesaraugusta*, 75.1, 273-312.

RODANÉS J.M., PICAZO J.V. y PEÑA, J.L. (2011): «El foso defensivo de la Primera Edad del Hierro del Cabezo de la Cruz (La Muela, Zaragoza)». *Revista d' Arqueologia de Ponent*, 21. 211-220.

RODANÉS, J.M. y PICAZO, J.V. (2013-14), “Influencias orientales en el sistema defensivo de los poblados de la Primera Edad del Hierro del Cabezo de la Cruz (La Muela, Zaragoza)”, *Salduie*, 13-14, 213-231.

ROMEO, F. (2002) “Las fortificaciones ibéricas del Valle Medio del Ebro y el problema de los influjos mediterráneos” en MORET, P. y QUESADA, F. *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss.VI-II a. de C.)* Colección casa de Velázquez 78. Casa de Velázquez. 153-188.

ROMEO, F. (2005). “Notas para un glosario de términos referentes a los sistemas defensivos de la antigüedad”. *Salduie* 5. 191-213.

RUIZ ZAPATERO, G. (1985): *Los Campos de Urnas del NE de la Península Ibérica*. Universidad Complutense, Madrid.

RUIZ ZAPATERO, G., (2003), “Las fortificaciones de la Primera Edad del Hierro en la Europa templada”, *Chevaux-de-Frise i Fortificació en la primera edat del ferro europea*, Lleida, pp. 13-34.

RUIZ ZAPATERO, G. (2011), “Bronce Final – Hierro: La naturaleza de los Campos de Urnas” en *La Transició Bronze Final – 1ª Edad del Ferro en els Pirineus i Territoris veïns*, XV Col. Loqui Internacional D'Arqueologia De Puigcerdá, Congrès Internacional D'Arqueologia De Catalunya. Institut d'estudis Ceretans, Puigcerdá. 635-658.

RUIZ ZAPATERO, G. (2014), “Los Campos de Urnas”, en ALMAGRO GORBEA (ed.), *Protohistoria de la Península Ibérica: del Neolítico a la Romanización*, Burgos, 195-215.

SANMARTÍ, J., 2010, “Demografía y cambio socio-cultural: el caso de la Iberia septentrional”, *Arqueología Espacial*, 28, 91-108.

SARDÁ, S.; DIDOLI, J.; BEA, D. y FERRÉ, R., 2010, “El espacio de la élites: poder y ritual en la protohistoria del curso inferior del Ebro”, *Arqueología Espacial*, 28, 65-90.